

SP. 820
3522

1923

LAS ABEJAS



BREVES CONSIDERACIONES

acerca de sus productos directos y de la
beneficiosa influencia que, con sus trabajos,
ejercen en la fecundación de las plantas;
y algunas reflexiones en orden á la apicultura
y sus diversos sistemas

por

Don Venancio Félix González

Cura propio de Monzón de Campos (Palencia)

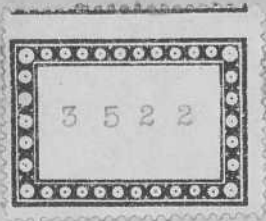


PALENCIA

IMP. DE ABUNDIO Z. MENÉNDEZ

Mayor principal, 70

1900



3 5 2 2

Al Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Palencia

EXCMO. SEÑOR:

Estoy bien persuadido de mi insuficiencia para hacer cosa alguna de provecho, y nunca me atrevería á dedicar á Vuestra Excelencia este pequeño y mal sazonado fruto de mis observaciones y estudio respecto de las abejas y su cultivo. Mas, someterle á Vuestro elevado criterio y superior Autoridad, es para mí un deber ineludible; y le cumplo con verdadero placer, presentándosele incondicionalmente, para que V. E. disponga de su suerte, como guste; en la seguridad de que, si me concede autorización para darle á la imprenta, quedaré satisfecho y agradecido, y si me la niega por considerarle indigno de tanta estimación, descansaré tranquilo en el convencimiento de que tal determinación habrá sido justa y acertada; pues el deseo, y si se quiere, hasta prurito, que yo pueda tener de hablar á los demás sobre apicultura, no es tan grande, que me haga desconocer los motivos que V. E. pueda hallar para desaprobarme, ya por defectos en la forma y estilo en que está redactado, ya por errores substanciales en la materia sobre que versa; si bien debo consignar que he procurado evitarlos, y sobre todo, no lastimar en lo más mínimo la moral evangélica; protestando con toda

mi alma que, si en algo me hubiera separado de ella, soy el primero en condenarlo.

Por lo demás; si el asunto pudiera parecer extraño á la elevada misión de un Párroco, ya V. E. en su culta penetración, comprenderá muy bien que, tomada por vía de distracción, es la apicultura una ocupación tan inocente y sencilla, que responde perfectamente á la necesidad, que el sacerdote, no menos que los demás, tiene de algún esparcimiento; y en ella le encuentra libre de los compromisos y peligros, en que abundan otros, que se juzgan admisibles; pudiendo asegurar por mi parte, que más me han amargado algunos ratos de caza, y escocado algunos, aunque pocos, codillos, que todas las picadas, que he recibido de las abejas.

Monzón de Campos 26 de Marzo de 1898.

Venancio Félix González

Párroco

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Palencia.

OBISPADO DE PALENCIA

Nos el Dr. D. Enrique Almaráz y Santos,

OBISPO DE PALENCIA, CONDE DE PERNIA,
ETC., ETC.

Habiéndonos pedido el Sr. Cura Párroco de Monzón la licencia competente para publicar el libro *Las Abejas*, no solamente la hemos concedido, sinó que además, prometimos al autor el que la edición correría de cuenta nuestra, con el propósito de regalar un ejemplar al archivo de todas las Parroquias de Nuestra amada Diócesis.

Así lo hacemos, como lo hubimos prometido; y después de felicitar al Sr. Cura Párroco de Monzón de Campos, por este trabajo que tanto le honra, no podemos menos de recomendar eficazmente á nuestro amadísimo Clero, el que al leer estas hermosas páginas, procure aficionarse al estudio de la apicultura y arboricultura, como lo han venido haciendo el mencionado Párroco, y algún otro de este Obispado, cuyos nombres son conocidos en las Revistas nacionales y extranjeras que en estas materias se ocupan. El Párroco, sobre todo el de las pequeñas localida-

des, necesita grandes alientos y estímulos para no desfallecer en el cumplimiento de sus sacratísimas obligaciones. ¡Cuántas amarguras ha de devorar en silencio el pobre Párroco que apenas tiene en su feligresía un amigo con quien compartir sus penas! Claro está que el mayor amigo, el único amigo que ha de consolarle, es Jesucristo Nuestro Señor, que en el Sagrario está día y noche para ser el sostén y alivio de todos los corazones, y muy especialmente el de los sacerdotes que han de estar identificados con el Sagrado Corazón de Cristo; más cumplidos estos deberes y satisfecha la piedad cotidiana, necesita también el sacerdote alguna distracción honesta, alguna recreación con la cual pueda volver después con nuevas fuerzas y energías á la empresa siempre dura y siempre espinosa de combatir el mal y sembrar la semilla del bien y de la virtud en el campo que se le ha confiado.

Entre las recreaciones honestas y útiles, como demuestra con toda evidencia el Sr. Cura Parroco de Monzón, ninguna como la de la apicultura. Lo que él y otros Párrocos como él han hecho y hacen en el Obispado de Palencia, también pueden hacerlo los demás. En Santa Visita Pastoral, recomendamos mucho á los Párrocos que procuren tener un jardín, y que allí donde pueda con facilidad hacerse, planten arbolado en los atrios de las Iglesias; hoy, al enviarles este libro, añadimos que se procuren también un colmenar, empleando el tiempo de recreación en esta labor tan hermosa y tan honesta.

Nuestro propósito es que nuestro amado Clero encuentre en esta distracción algún alivio á los muchos sinsabores que lleva consigo el arte difícilísimo de la cura de almas, evitando el que vaya á buscarlo en otras diversiones, que aunque de suyo sean inocentes, pueden degenerar en peligrosas para el alma, y aún para los pocos intereses de que puede disponer el pobre Clero español. Esta alusión es clara, se refiere á los codillos del tresillo.

Palencia 15 de Septiembre de 1900.

† *Enrique, Obispo de Palencia*

Al muy ilustrado Comité ejecutivo de la Feria- Concurso-Agrícola de Barcelona

*«Da ubi consistam, coelum, terramque
movebo.»*

(ARQUÍMEDES)

En estas palabras con que el célebre Arquímedes reveló al mundo una ley física hasta entonces desconocida, la ley de la palanca, cuyo poder auxiliador llega hasta el último límite de lo finito: en esa frase tan elocuente y lacónica, encuentro yo, respetabilísimos señores, la expresión fiel y exacta de vuestro pensamiento al organizar una Feria-Concurso-Agrícola en la capital del grande y heroico Condado, que tantas páginas de gloria ocupa en la historia de nuestra Nación.

Tomemos, os habeis dicho, sin duda; tomemos como punto de apoyo nuestra ilustrada y laboriosa industrial Barcelona, y con la potente palanca de una Feria-Concurso-Agrícola, que sea verdadera Exposición Nacional de todos los productos de la Agricultura y sus derivadas, lograremos mover el cielo y la tierra; esto es, conseguiremos levantar el espíritu y la materia, dar mayores vuelos al pensamiento y un nuevo impulso á todas las fuerzas productoras del país. Pues nadie hay que ignore la importancia que tiene una Exposición, porque todos comprenden



que es un poderoso estímulo para el desarrollo y perfeccionamiento de las artes y de la industria, al propio tiempo que un medio eficaz para la difusión de las ideas.

En el primer concepto, puede considerarse como un *lance de honor*, en que, no el vicio, sino la virtud del amor propio se despierte en los expositores, se avigora y les lleva hasta el heroísmo en los esfuerzos, que cada uno se vé precisado á hacer para competir con los demás, y, si le es posible, no dejarse vencer. En el segundo tiene un carácter más apacible y dulce; es una reunión de hermanos y de amigos, que, en perfecta calma y armonía, se comunican sus afecciones, se descubren sus proyectos, se dan cuenta del resultado de sus empresas y de los medios que emplearon para llevarlas á buen término: se proponen nuevos puntos de reflexión y de estudio en orden al bien común, y para decirlo todo de una vez, se ilustran, se instruyen mutuamente con el cambio de sus respectivos conocimientos.

De suerte que, si la consideramos en ambos conceptos á la vez, nos ofrece la bella y encantadora perspectiva de una colmena ocupada por abejas dotadas de razón, que, movidas y guiadas, no ya por un instinto, sino por la inteligencia, despliegan á porfia su actividad en beneficio propio é individual, y en utilidad común de toda la colonia, que forman; y empleando cada cual sus energías en aquella labor especial más conforme á sus aptitudes, hace que de labores múltiples y bien diversas entre sí, resulte un conjunto admirable, que asegure la prosperidad de todos.

A esa colonia racional quiero yo pertenecer y llevar, si puedo, á esa simbólica colmena un simple átomo de pólen ó de miel; y, ya que vuestra Convocatoria, respetabilísimos señores, abre sus puertas de par en par para todos, considerándome yo el último, os presento este insignificante escrito, ofreciendo en él á vuestra reconocida ilustración algunas consideraciones acerca de las abejas, y de la utilidad,

que, en mi concepto, reportaría en nuestro país el desarrollo de su cultivo. Me mueve á hacerlo, no la esperanza de que merezcan ser bien recibidas, ni mucho menos ocupar vuestra elevada atención, sinó únicamente el deseo de ser en algo útil á los demás, ya que no con obras de mérito y de valor, señalando sencillamente el punto donde se halla la mina, (por otra parte ya conocida, pero descuidada y casi abandonada,) que hombres inteligentes, brazos activos y robustos podrían explotar con grande provecho.

Nada nuevo: ninguna verdad desconocida ofrecen mis consideraciones; ni la forma y estilo, en que se hallan expuestas, entrañan el menor mérito literario: y en este convencimiento á nada aspiro, ni me propongo más que despertar en la memoria adormecida de los labradores la idea de las ventajas que las abejas les prometen, más que con su miel y con su cera, con lo mucho que contribuyen á mejorar y aumentar los productos de la tierra, influyendo eficazmente en la fecundación de las plantas; influjo que muchísimos desconocen, y muy pocos saben apreciar en su justo valor; siendo, por consiguiente, muy raro hallar quien, como la Sra. Condesa de Esclaibes, diga con marcada satisfacción: *«Estas peras y estas manzanas hermosísimas están aquí, gracias á las abejas del Sr. Cura.»*

De aquí la indiferencia, el olvido de las abejas; pues la generalidad de los agricultores, acostumbrados á no ver más que las utilidades de mucho bulto, no están en disposición de percibir las que se ocultan á miradas superficiales, siquiera sean importantísimas, como son las vinculadas al cultivo de esos admirables insectos, necesitando que una voz autorizada les haga fijar en ellas su atención, para que lleguen á persuadirse de su realidad y traten de hacerlas suyas.

Esta voz no puede ser otra sinó la vuestra, respetabilísimos señores, que por vuestro profundo saber, por vuestra elevada posición, y por el especial carácter de que os

hallais revestidos en orden á la Feria-Concurso-Agrícola, está llamada á resonar en toda la extensión del suelo español, y hacerse oír hasta el más apartado rincón de nuestra amada patria. Y si juzgáseis aceptable la idea, y útil el cultivo de las abejas, que recomiendo, vuestra más sencilla aprobación sería eficacísima, y cual un numeroso ejército, al súbito sonido de un clarín, abraza las armas, se apres- ta al combate, y á él se lanza con denuedo para conseguir la victoria; así los agricultores todos, á una simple indicación vuestra, abrazarían el ejercicio de la apicultura y lucharían con valor en ese campo de batalla para arrancar á la Naturaleza, por medio de las abejas, muchas riquezas que tiene escondidas.

B. Vr. Mm. att.º S. y Capellán

Venancio Félix González

Desde Monzón de Campos 8 de Abril de 1898.



Desdén inconcebible

Hay un ser poco conocido y menos apreciado en muchas provincias de España, no obstante los importantes servicios, que ofrece, y las incalculables ventajas que pudiera proporcionar á todos y muy en especial á los labradores. Digno por muchos conceptos de la atención, y hasta de la admiración del hombre, se halla en los citados países relegado al olvido; y mientras en ellos se construyen elegantes jaulas, no sólo para los pájaros, siquiera sean gorriónes, sinó también para los conejos, y hasta para los grillos, el ser á quienes aludimos se vé precisado á buscar albergue y proporcionarse vivienda en los huecos de los árboles, en las rocas de las montañas ó en las rendijas de los castillos y de los templos.

Nos referimos á la abeja, á quien los primitivos pueblos, en vista de sus obras y manera de realizarlas, tomaron ya, como el más perfecto modelo del trabajo, del orden y de la economía; concediéndola todo género de consideraciones de que era susceptible un insecto; porque reconocían en ella una importancia suma, al par que utilizaban su miel como alimento sabroso y nutritivo, con el cual, además, preparaban una bebida sumamente confortable y deliciosa.

Puede decirse que la abeja y la oveja fueron las primeras nodrizas del hombre, ya que la leche y la miel constituían su principal alimento en aquellos tiempos, en que el arte culinario, hoy tan complicado como insalubre por su excesivo refinamiento, era completamente desconocido.



Nada, pues, tiene de sorprendente que la miel fuera ya para los Israelitas objeto de gran comercio con los Fenicios, según se desprende del sagrado texto en que el profeta Ezequiel predice la ruina de Tiro, y, como consecuencia de ella, la cesación de tal comercio y privación de sus beneficios.

La Historia nos presenta á los Egipcios como verdaderos é inteligentes apicultores desde la más remota antigüedad; siendo para ellos la abeja el simbolo de la autoridad real, lo cual prueba la importancia que en aquélla reconocían.

Entre los griegos la abeja llegó á ser considerada como otro cualquier animal doméstico, y sus célebres filósofos Platón y Aristóteles, no se desdijeron de hablar de ella con cierta respetuosa admiración, tributándola hasta con prodigalidad sus alabanzas al describir sus costumbres y sus trabajos tan admirables como productivos para el hombre.

Más tarde los romanos vinieron á poner, digámoslo así, los cimientos de la apicultura, estableciendo método y reglas para su ejercicio. Las Geórgicas de Virgilio, el más grande de sus poetas, son el testimonio más elocuente del interés y del aprecio que los romanos hacían de las abejas, al par que revelan los adelantos que llegaron á hacer en su cultivo. Esa obra imperecedera, en la cual su inmortal autor describe con arrebatadora poesía la vida del campo llena de dulzura y de felicidad, es en su última parte un interesante tratado de apicultura, que ilustra al lector en lo que se refiere á las costumbres, á los instintos, al trabajo de las abejas, y á las utilidades que el hombre puede reportar de su cultivo. Con solo leer las primeras líneas que allí dejó trazadas, es más que suficiente para persuadirse uno del ardor y el entusiasmo que le inspiraban las abejas y de lo mucho que se prometía de su cultivo. «Yo ofrezco, (decía dirigiéndose á Mecenas) objetos pequeños á

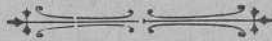
tus miradas, pero dignos de admiración. Yo describiré, las costumbres y el trabajo de un pueblo activo. Yo hablaré de sus guerras, de sus combates y de sus valientes capitanes. El asunto no es grande, pero la gloria lo será, si el cielo lo permite, y si Apolo se digna favorecerme.» Tal era su lenguaje al hablar de las abejas.

Después de Virgilio no faltaron en todas las épocas sabios naturalistas, que se ocuparon y escribieron acerca de la apicultura; pudiendo citar en el primer siglo de nuestra Era al célebre Agrónomo Columela, que en su excelente «Tratado de Agricultura,» se ocupa, extensamente de las abejas y su cultivo, considerándole, con sobrada razón, como una rama importantísima de aquélla. Sobre todo desde que la imprenta vino á facilitar la difusión de las luces y del saber humano, se contaron á centenares las publicaciones y los autores, que se ocuparon de las abejas; y en el siglo en que vivimos no tienen número las obras, los periódicos y revistas apícolas, que se han publicado y continúan publicándose, de día en día con más ardor, en todas las naciones de Europa y América, si bien, aunque sea triste decirlo, debemos confesar que en España solo se publica una revista mensual «El Colmenero Español,» en Barcelona, debido á que, por falta de cooperación de los que son propietarios de abejas y de los muchísimos más que están llamados á serlo, han dejado de publicarse «La Revista Apícola de Mahón» y el «Bético Extremeño,» de Llerena (Badajóz.) Este dato es aterrador y bastaría por sí solo para juzgarnos.

Pero tenemos otros muchos, que ponen de manifiesto nuestra indolencia y el desdén inconcebible con que obramos en orden á las abejas, que deberían ser en nuestras manos un elemento poderoso de riqueza por las utilidades, que pudieran reportarnos, no sólo con el producto directo de la miel y de la cera, sino además (en mayor escala, sin duda, aunque desconocida é incalculable,) por su beneficio-

sa influencia en la fecundación de las plantas, que contribuye poderosamente á aumentar y mejorar los frutos de la tierra. Es esta una verdad que la razón misma proclama y confirma la experiencia. Mas para muchos, á quienes interesa, es desconocida, y por muchísimos más olvidada; y por lo mismo conviene repetirla y apoyarla con hechos prácticos, á fin de que su frecuente repetición y las pruebas de experiencia, que la evidencian, les estimule á sacar de ellas todo el provecho de que es susceptible su práctica por los labradores.

Con tal objeto voy á consignar aquí algunas indicaciones acerca de los diversos beneficios que las abejas ofrecen al hombre, para deducir después la importancia que su cultivo está llamado á tener en la agricultura.



Utilidad de las abejas por sus productos directos, la miel y la cera

Dios ha creado la tierra bastante fecunda para satisfacer abundantemente las necesidades materiales del hombre, y por mucho que éste se multiplique, siempre hallará lugar en ella y los elementos más que suficientes, no sólo para su subsistencia, sinó también para sus comodidades.

No quiero decir con ésto que la tierra haya de buscar al hombre para depositar espontáneamente en sus manos cuanto necesite: no, antes bien el hombre es quien está precisado á buscar en la tierra su bienestar, y explotar su fecundidad con la fuerza de su inteligencia y con la fuerza de sus brazos: medios que el Supremo Creador ha puesto á su disposición para hacerla su humilde y fiel tributaria en todos sus órdenes, tanto en el reino mineral, como en el reino vegetal y en el reino animal.

De aquí que la Agricultura haya sido la primera y más necesaria profesión de la humanidad; y que su importancia sea tal, que nada haya en ella que pueda considerarse pequeño; ni menos despreciable, pues todo en ella, hasta los residuos más insignificantes de los organismos y hasta las secreciones y la muerte misma de los seres vivos se convierten en principio de vida y contribuyen en admirable consorcio, y por medio de misteriosas transformaciones, á un fin idéntico, á sustentar al hombre y á colmar la medida de sus razonables deseos con relación á su vida temporal.

Para persuadirnos de ésto no tenemos más que contem-



plar el asombroso y encantador espectáculo que, sobre todo en la época de su mayor frondosidad, presenta á nuestra vista el reino vegetal, y sin esfuerzo alguno descubriremos en él un cúmulo inmenso de frutos nutritivos y sabrosos manjares para el hombre: no tenemos más que dirigir una mirada sobre el reino animal, y en él hallaremos también, además de numerosos y dóciles sirvientes del hombre, cuando vivos, alimentos sustanciosos y pieles riquísimas para su abrigo, después de muertos: y en ambos reinos á la vez materias textiles y otras en abundancia para sus comodidades y regalo.

Mas, prescindiendo de esos grandes y casi infinitos elementos de conservación, que la Naturaleza ofrece al hombre, vamos á fijar nuestra atención en un punto muy diminuto, comparado con la inmensidad de aquéllos; en la simple é imperceptible secreción de las plantas, que por la débil acción de un pequeño insecto proporciona al hombre una incalculable riqueza: y este hecho bastará por sí solo para evidenciar que en la Agricultura nada hay pequeño, nada despreciable.

↳ Sabido es que todos los seres vivos se sostienen por medio de una constante nutrición, asimilándose las sustancias convenientes y eliminando las sobrantes ó nocivas á su organismo. Estas eliminaciones, que en las plantas tienen lugar á través del tejido fibroso para condensarse en la superficie, en muchísimas de ellas constituyen una sustancia azucarada, muy abundante á veces, sobre todo en las flores; de ordinario escasa en los tallos y hojas, y siempre imposible de recoger por el hombre. Y aún cuando pudiera recogerla, nunca obtendría de ella otra cosa que azúcar de ínfima calidad y excesivamente cara por la multitud de procedimientos, que habría de emplear para lograrlo; y por consiguiente, está por demás el pensar en utilizarla, contando con determinadas plantas que la producen mejor, más abundante y fácil de obtener. En otras

muchas plantas esas secreciones imperceptibles á nuestra vista son resinas, ceras, y propóleos, que escapan también á la explotación del hombre, y, como aquéllas, se perderían para él en la fuente misma que las produce, quedando privado de su grande utilidad.

Mas, para evitarlo, el hombre cuenta con agentes á su disposición, que sabrán recoger hasta el último átomo de esas sustancias y ponerlas en sus manos admirablemente transformadas y dotadas de nuevas propiedades para su mayor utilidad. Las abejas, con su incesante actividad, recorrerán la vasta extensión de los campos, visitarán una tras otra todas sus plantas, se detendrán en sus tallos, en sus hojas, en sus flores; y libando hasta la última gota de nectar y de azúcar, que allí existe, y sometiéndolo á una elaboración misteriosa, que el hombre no puede comprender, ni menos imitar, lo convertirán en una nueva sustancia, que denominamos miel: sustancia digna del mayor aprecio por su exquisito sabor, por sus excelentes cualidades nutritivas, por sus importantes virtudes medicinales, y por los variados productos, que con ella se obtienen.

Y en efecto; la miel, que sin las abejas no existiría, es un alimento sumamente delicado y sabroso al paladar del hombre, hasta el punto de que, en el concepto unánime de la humanidad, es considerada como el tipo de la suavidad y de la dulzura; siendo muy frecuente, al querer ponderar otros manjares, decir que son tan dulces como la miel. Además ese alimento es altamente nutritivo, por cuanto la miel es un extracto concentrado del reino vegetal, obtenido por las abejas por modo admirable y más perfecto que en el mejor laboratorio químico; y en su consecuencia tiene, como los vegetales de donde proviene, una importancia suma en la alimentación del hombre. Es indudable que el reino vegetal contribuye muy principalmente con los elementos necesarios para reparar nuestras continuas pérdidas y dar fuerza y vigor á nuestro vital organismo.

Y tanto es así, que nuestra alimentación pudiera limitarse á solos vegetales, como estuvo limitada en la infancia de la humanidad, con resultados los más sorprendentes, ya que con ella alcanzaron los hombres una longevidad asombrosa; y en el transcurso de los siglos, hasta en nuestros días, este régimen de alimentación, observado por varias Comunidades religiosas y muchos particulares, está dando casos muy frecuentes de longevidad, prueba evidente de su influencia saludable. En vista de tan satisfactorios resultados, se ha formado recientemente, y cada día adquiere mayores proporciones la escuela de los *vegetalíanos*, partidarios de la alimentación vegetal con preferencia, ya que no con exclusión de la alimentación basada sobre sustancias animales, origen tal vez de innumerables enfermedades y del continuo decaimiento que se nota en la vida humana.

Preciso, pues, y razonable será reconocer que la miel, extracto purísimo de las plantas en la época de su mayor vigor y lozanía, es un alimento esencialmente vegetal y en alto grado nutritivo, por la facilidad con que se asimila toda entera. Otros alimentos hallaremos muy buscados por ser apetitosos, y sin embargo no son nutritivos, porque sola una pequeña parte de ellos es susceptible de convertirse en quilo y asimilarse: mientras que su mayor parte sirve únicamente para fatigar el estómago, que se esfuerza en vano por extraer de ella elementos nutritivos. La miel, por el contrario, semejante, y más bien, aventajando á todos esos extractos admirablemente preparados hoy por la ciencia en beneficio de los estómagos débiles, es tan digestiva, que por sí misma se transforma enteramente en quilo para convertirse en sangre.

Entre los muchísimos testimonios de sabios médicos, que preconizan el uso de la miel como alimento, se encuentra uno que habla por todos. «El Dr. Dubini, célebre médico de Milán, dice, que los principios aromáticos y los ácidos que contiene la miel la dan un sabor picante y un

aroma, que estimulan las glándulas salivales, determinando mayor secreción que ninguna otra sustancia azucarada; produciendo en la boca mayor cantidad de saliva, la cual, deglutida con la miel, ayuda á la digestión de los otros alimentos.»

«Cuando la miel entra en nuestro estómago, dice el mismo doctor, el ácido particular que contiene se une á las acideces gástricas para excitar y favorecer la digestión: también ejerce sus virtudes antisépticas, por las cuales se opone á las fermentaciones gástricas. Pero su acción fisiológica más importante tiene lugar en el hígado, donde se consumen todos los principios azucarados que contiene, los cuales entran enseguida en la sangre para oxidarse y producir el calor. Por lo tanto, la miel es un alimento esencialmente hepático y digestivo, produciendo efecto laxante y diurático.» Quede, pues, sentado que la miel es un alimento sabroso y nutritivo, y sin detenernos más en este punto, pasemos á considerarla como medicamento.

Las virtudes medicinales de la miel son tan variadas y tan eficaces que pudiera ser considerada como la *panacea universal* para todas las dolencias y enfermedades, muchísimo mejor que la harina de lentejas, mezclada con harina de guisantes, maiz, sorgo, un poco de sémola de avena y de cebada y sal común, verdaderos componentes de la tan renombrada *revalenta arábica*, con que el Dr. Dn. Barry logró, sinó curar á los enfermos, al menos crearse un buen capital, en presencia de los adelantos de la ciencia, que lo contemplaba absorta, en pleno siglo XIX, mientras relegaba al olvido la miel, que sirve para combatir con éxito un gran número de padecimientos.

Ella cura la clorosis, cuando reconoce por causa la escasez de la glicina, aportando el azúcar hepático necesario para establecer la oportuna proporción con el hierro, condición indispensable para que la ematina de la sangre se halle en cantidad y calidad convenientes. Cura la anemia

favoreciendo la nutrición y dando así mayor vigor al sistema circulatorio y al nervioso. La simple mezcla de la miel con las bebidas calma la tos y hace desaparecer las irritaciones de la garganta. El Dr. Hayvard, en el Illinois ha obtenido numerosas curaciones de erisipelas con la miel, aplicada al exterior, y recomienda también su uso interno para combatir la fiebre y estimular los emuntorios.

Profanos á la ciencia de curar, mal podríamos nosotros indicar la multitud de casos, en que, según distinguidos y sabios médicos, está indicado el uso de la miel; y por lo tanto habremos de limitarnos á reproducir, tomado de la *Revista de las Ciencias*, publicación de París, lo siguiente: «Los médicos especialistas recomiendan el uso de la miel en los casos siguientes: 1.º En los progresos de las inflamaciones catarrales de las mucosas, y, sobre todo, de la mucosa de los órganos respiratorios, como destructora de bacterias y hongos, y como preventivo de las enfermedades, como la dipteria, las anginas, pleuresia, la inflamación pulmonar y la tisis. 2.º Para combatir el estreñimiento; pues, tomándola en gran cantidad, obra sobre el tubo intestinal, cuya acción regula, favoreciendo las funciones del hígado, por cuya razón su uso se recomienda muy frecuentemente á todos aquéllos que sufren constipación del vientre. 3.º Para las enfermedades del estómago, algunas de las que cura radicalmente.»

Lo que queda apuntado es más que suficiente para demostrar que la miel tiene grande importancia, como medicamento, y no olvidando su reconocido valor nutritivo, fácil nos será comprender que se emplea también ventajosamente como base en la confección de otros alimentos y de muchas bebidas, comunicándoles sus excelentes cualidades.

En la imposibilidad de indicar todos los usos útiles, que pueden hacerse de la miel en las farmacias, en las confiterías y en el hogar doméstico, nos concretaremos á consig-

nar los principales productos, que de ella se obtienen, á saber: el alcohol, el hidromiel y el vinagre.

Es tal la riqueza alcohólica de la miel, que con quince kilos de ella, pueden obtenerse diez litros de aguardiente superior en gusto y calidad, sin más que hacer fermentar los quince kilos de miel con cuarenta y cuatro litros de agua y catorce kilos de uvas frescas, como fermento; destilando después el líquido fermentado. Por semejantes procedimientos, suprimida la destilación, se obtiene hidromieles de diversa fuerza alcohólica, que pueden reemplazar y competir con los buenos vinos generosos. También se obtiene excelente vinagre, sometiendo á una nueva fermentación el hidromiel preparado al efecto con muy escasa fuerza alcohólica. Con estos precedentes fácil es comprender que la miel sirve también muy ventajosamente para encabezar los vinos, por cuanto aumenta considerablemente su fuerza, les comunica un gusto muy agradable, que no es el suyo, y les hace más duraderos y susceptibles de mejorar con el tiempo.

En corroboración de lo expuesto vamos á permitirnos copiar de *El Colmenero Español* el siguiente parrafito de un notable artículo de Mr. Brousse, publicado en *El Gaulois*, y que habla muy alto en este asunto: «Nuestros viticultores, dice, se quejan, con mucha razón de los desdichados tratados de comercio, mediante los cuales, y entendiéndose el libre cambio al revés, se sacrifican sus productos en beneficio de los vinos italianos y españoles, reforzados con alcohol alemán, y con este motivo, piden inútilmente al espíritu atrofiado de nuestros modernos Licurgos, medios para alcoholizar sus vinos, ó, cuando menos, azucarar su vendimia, á fin de sostener la competencia extranjera. ¿Qué se necesita para aumentar los grados alcohólicos de nuestros vinos? ¿10.000 kilos de azúcar? Pues bien, ¡aquí teneis 50.000 á vuestra disposición, que se pierden en vuestros campos, en vuestros prados y

sobre vuestros árboles frutales! Hacedlos recoger por las abejas obreras, que ellas no os pedirán salarios, ni se declararán en huelga. Además, este azúcar que se desprecia, es, no obstante, muy superior al de las refinerías para alcoholizar los vinos, así es que los fabricantes de las primeras marcas de Champaña lo prefieren al de piedra ó cande que usaban antes. Cada labrador, si quiere, puede tener una pequeña refinería al lado de su bodega; refinería que lejos de ser visitada por los carabineros, los mantendrá, con toda seguridad, á una respetable distancia.»

Además de la miel, las abejas producen cera; siendo de notar que la cera producida por las abejas es de mejor calidad, que la vegetal extraída de ciertas plantas por el hombre; por cuya razón la iglesia proscribía el uso de ésta para el culto, y prescribe el de aquélla, como materia más digna de ser ofrecida al Señor, y más apta para significar, con su luz pura y firme, la firmeza y pura fé, de las almas cristianas. Este es el principal destino que se dá á la cera de las abejas, más no es el único; pues sirve, con preferencia siempre á la cera vegetal, para la composición de ceratos en las farmacias, para hacer figuras y estátuas, para dar consistencia á los barnices, para construir piezas anatómicas y otras.

Las abejas, por último, producen también el propóleos, sustancia resinosa, que se adhiere más fuertemente que la misma resina y la supera en todas sus aplicaciones.

Con esta sucinta relación de los productos directos de las abejas, no necesitaremos encarecer su grande utilidad en favor del hombre; utilidad tanto mayor, cuanto que no se necesita hacer gastos para obtenerla; siendo el resultado de una labor, gratuita del todo, sobre los desperdicios de las plantas, que el hombre jamás podría utilizar. De donde debemos inferir que la abeja, con ser tan pequeño insecto, es entre todos los animales, que sirven á la agricultura, el

más productor y el más económico; porque ni el alimento siquiera pide al hombre.

Ahora bien; si lo dicho hasta aquí nos ha conducido á sacar tal consecuencia, con más razón deberemos afirmarnos en ella, si consideramos otra utilidad, que no por ser extraña y dolorosa, deja de ser real y positiva, y de ella nos ocuparemos brevemente.



Utilidad de las abejas por los perjuicios que causan

El título que antecede parece un enigma, y al leerle, cualquiera traerá á su memoria el ajo de Valdestillas, que estaba frío y quemaba. Sin embargo, no es un enigma, ni tiene conexión alguna con tal ajo, para que se le una por la asociación de ideas; pues no es más ni menos que la simple y clara enunciación de una verdad; como vamos á ver.

No somos de los que creen que las abejas causan grandes estragos en las frutas, sobre todo en las uvas, mermando sensiblemente la cosecha del vino; pues somos de parecer que ésta es una preocupación, hija de la ignorancia, que llega á confundir la abeja con la avispa. Sabemos muy bien que la abeja es impotente para romper la película más delicada que puede tener una fruta, ya que no tiene fuertes mandíbulas ni tenazas, como las avispas y otros animales, sinó únicamente una lengua revestida de un bello finísimo, que la permite tan sólo recoger suavemente el nectar, que traspiran las flores, las secreciones azucaradas que se hallan en la superficie de las hojas y los jugos de las frutas heridas y abiertas ya de antemano por los pájaros ó cualquiera otra causa. Si tales perjuicios causaran al labrador, seríamos los primeros en execrarlas y aborrecerlas, no tendrían defensa, ni mucho menos podrían ser consideradas como útiles por ello.

Al hablar, pues, de la utilidad de las abejas por los perjuicios que causan, nos referimos á los que son los únicos,

á las picadas con que, de vez en cuando, suelen obsequiar á quienes las cuidan y á quienes las molestan, á los que las aman, y á los que las detestan, sin perdonar á los que las temen. Dificil, sin duda, será de pasar la pildorita de una utilidad basada en la punta de un aguijón venenoso; y sin embargo es muy razonable pasarla, como razonable es sufrir una operación dolorosa, para curar de una grave dolencia. Todos los días tenemos noticias de operaciones quirúrgicas muy penosas y arriesgadas, y vemos á todas horas inocular la vacuna, poner inyecciones de cloroformo y morfina, que se toleran por recobrar la salud, y se las considera de grande utilidad. Pues bien; las picadas de las abejas no son otra cosa que simples inyecciones de ácido fórmico, que, con escaso dolor del paciente, le curan y le hacen refractario á no corto número de padecimientos, y muy especialmente al reumatismo.

La misma ciencia médica reconoce los saludables efectos del ácido fórmico y ha hecho grandes esfuerzos hasta lograr obtenerle por medios artificiales para aplicarle á los enfermos. El sabio Sr. Berthelot le ha obtenido haciendo pasar en un matraz el óxido de carbono, con alguna potasa cáustica y agua, calentándolo á 100° durante setenta horas continuas, al cabo de las cuales se había formado *formiato de potasa*, y de esto le fué fácil ya separar el ácido fórmico por un procedimiento ordinario. Mas, sería digno de tener en cuenta la cantidad de ácido fórmico obtenida, y compararla con las de óxido de carbono, potasa, labor, tiempo, y paciencia que se necesitó invertir, para poder así apreciar debidamente las ventajas que ofrecen las abejas, propinando gratuitamente ese ácido natural en ellas, y, por su eficacia, preferible siempre al artificial.

Preferible hemos dicho y no creemos engañarnos; cuando se vé en la práctica que rara vez se emplea éste, siendo muy frecuente el uso de aquél. El Dr. Tere, de Viena, le ha empleado en numerosísimos casos con un éxito el más

satisfactorio; sobre todo en las formas crónicas y hasta en circunstancias desesperadas para enfermos atacados de caquexia reumática: saturando de dicho veneno el sistema, por medio de repetidas picadas de abejas, hasta conseguir que el organismo haya adquirido una completa inmunidad. Esto se consigue con la perseverancia en las inoculaciones que nunca son tan dolorosas como generalmente se cree, y menos aún en los reumáticos, ya que, según dicho doctor, sienten menos que otras personas las picadas, y con dificultad se produce en ellos la tumefacción. Nosotros mismos somos testigo presencial de un caso que confirma ambos extremos.

Paseando un día con nuestra hermana y habiéndose unido á nosotros el Sr. Médico y su Señora, nos llegamos á un huertecito, en el cual tenemos instaladas algunas colmenas movilizadas, y, una vez allí, nos ocurrió la idea de ensanchar una de ellas, que se hallaba con espacio reducido para la invernada y con los cuadros de los panales demasiado prietos y propolizados; por lo cual, al sacar el primero fué preciso hacer un movimiento brusco en la colmena y rozar unas con otras las abejas. Esto bastó para que la colmena entera se irritase sobremanera y se arrojase en masa y con toda furia sobre nosotros y en particular sobre la señora médica, quien, por lo mismo que las sacudía, se vió instantáneamente cubierta de abejas, hasta el punto de que por nuestra parte creíamos que era inevitable su muerte, por las innumerables picadas que recibía. Y tal era, no ya nuestro temor, sino nuestro convencimiento de que en breve la veríamos sucumbir, que, lejos de tranquilizarla mientras procurábamos librarla de tan terribles enemigos, no podíamos ocultar nuestros temores. Sin embargo, el apuro pasó, y á pesar de que su cabeza y su cara pardeaban con sin número de aguijones, no experimentó más novedad que una fuerte elevación de temperatura sin que apenas resultase tumefacción. Dicha señora padecía en las

rodillas un reuma articular, que al cambiar las estaciones, la molestaba dolorosamente; y desde entonces no volvió á sentir molestia alguna, al menos durante los tres años que permaneció en ésta; pudiendo suponer que así continuará al presente, como lo deseamos, para beneficio suyo y honra de nuestras abejas.

Verdad es que, no por esto el señor médico se persuadió de la eficacia de aquellas picadas, cuando no las ha recomendado á sus enfermos. Pero esto se explica muy bien, teniendo en cuenta que él teme á las abejas más que á los tigres; y sobre todo, porque aún conocida la eficacia del ácido fórmico, los señores médicos de buena talla juzgarán muy vulgar y poco científica su aplicación por el ministerio de un insecto, al parecer despreciable. Más en cambio otros muchos de reconocido saber recomiendan las picadas de las abejas como antiséptica y curativa de los dolores, y pudiéramos citar muchísimos casos particulares, que dejan fuera de duda la eficacia de tan sencillo como fácil remedio, si no juzgásemos que es tiempo ya de ocuparnos de otras utilidades, muy importantes, que las abejas proporcionan á los labradores, sin que éstos se muestren reconocidos por ello.



Utilidad de las abejas por su influencia en la fecundación de las plantas

Los productos de la miel y de la cera son tan visibles y palpables que nadie puede desconocerles, ni negar que los debemos á las abejas. Mas la incalculable utilidad que estas producen, influyendo con su trabajo en el engendro de los frutos, pasa inadvertida de muchos, é ignorada por los más. Y sin embargo, la acción beneficiosa de las abejas en la fecundación de las plantas está evidenciada en la experiencia y reconocida por los sabios más profundos y célebres naturalistas.

El ilustre barón A. de Humboldt en sus «cuadros de la naturaleza» dice... «El polvo fecundante que siembran las flores masculinas en las especies donde los sexos están separados, es también llevado por los vientos y los *insectos alados* á través de la tierra y los mares hasta las plantas femeninas (de la misma especie), que viven en la soledad. Donde quiera que el observador de la naturaleza fija su mirada, halla siempre la vida ó bien un germen pronto á recibirla.»

Este elevado pensamiento de tan esclarecido naturalista revela bien á las claras la parte que, sin saberlo, toman los vientos y los *insectos alados*, sobre todo las abejas, por su mayor actividad y energía, en la fecundación de las plantas. Estas, no menos que los animales, incluso el hombre, se perpetúan por una reproducción continua dentro de sus respectivas especies; siendo este el orden constante

é inmutable marcado por la Divina Providencia, que desde la creación estableció, según lo ha consignado Moisés en el Génesis, que cada uno de los seres salidos de las manos del Creador llevase en sí la simiente, el germen, la razón de su reproducción sobre la tierra; y que se perpetuase indefinidamente, sin salir jamás de su especie, la cual no es otra cosa que el conjunto de individuos, que descienden unos de otros ó de los mismos padres, conservando sus propiedades características y pareciéndose entre sí; de tal manera, que es preciso convenir en que el primer individuo, ó la primera pareja de una especie, contenía en sí la causalidad, la razón suficiente y necesaria de la inmensa multitud de descendientes suyos. Y esta reproducción tiene lugar, tanto en las plantas, como en los animales, por medio de una comunicación íntima, por la unión de los dos diferentes sexos, que en unas y otras estableció el Supremo Creador, para que ambos á la vez contribuyeran indispensablemente á la fecundidad. Ahora bien; como quiera que las plantas carecen de voluntad, que las incline á buscar esa unión, de instinto que las arrastre en pos de su consecución, y hasta de la posibilidad de moverse para realizarla, no pueden establecer por sí mismas esa comunicación reciproca, esa unión de sus diferentes sexos masculino y femenino, condición esencial y precisa para hacerse fecundos; y por consiguiente, necesitan para lograrlo el concurso de un agente exterior, bien sean los vientos, ya los insectos ó cualquiera otra influencia, que ponga en contacto el semen fecundante de unas con el ovario ú órgano fecundable de las otras.

Tal es la importantísima labor que realizan las abejas, transportando el polen ó polvo fecundante de las flores machos hasta el órgano sexual de las flores hembras. Y por más que no sean solas á realizar esa obra de fecundación, ya que Dios la encargó á otros muchos agentes, para que no escaseasen los medios, son sin embargo las abejas

quienes, mejor que ninguno otro insecto la cumplen, y con mayor seguridad que los mismos vientos; no obstante ser éstos un elemento el más universal. La experiencia diaria nos ofrece hechos que lo confirman, y entre los muchísimos que pudiéramos aducir, citaremos algunos muy curiosos, tomados de *El Colmenero Español*, número correspondiente á Enero de 1892, lo que sigue, y que él tradujo de un interesante opúsculo de Mr. Eugenio Jobard, editor de Dijon, (Francia.)



Con frecuencia iba (habla Mr. Jobard,) con este motivo, á Dijon para consultar con Mr. Weber, jardinero mayor del Jardín botánico, y en una de estas conferencias, después de haberle explicado la situación de mi finca, comuníqueme mis observaciones sobre la esterilidad de los árboles frutales, coincidiendo con la desaparición de las abejas; y como Mr. Weber citóme un sinnúmero de hechos de igual naturaleza, que él mismo había observado, concebí entonces el proyecto de reunir todos los datos dignos de interés referentes á este asunto.

En aquella época precisamente el periódico *L'Avenir de la Haute-Marne*, publicaba artículos muy interesantes sobre apicultura, que reproducía en el suplemento de *Le Bien public* y con este motivo recibí un día la siguiente carta:

Lauques 20 Junio de 1887

El director de *L'Avenir*, que me pidió algunos artículos apícolas que interesasen á sus lectores, dícame que, en el suplemento semanal de *Le Bien public* los reproduce usted. Le doy gracias, pues, por el honor que dispensa á mis modestos trabajos, considerándome muy dichoso si ésta mayor publicidad de mis personales estudios sirve de algún provecho á los colmeneros, que desean saber prácti-

camente, el modo de conducir sus abejas, pues muchos son los que sufren decepciones y que desean vehementemente que se les guíe en sus trabajos.



En *L'Avenir* del 19 de Junio publiqué un artículo sobre esas abejas: si V. lo reproduce en el Suplemento de *Le Bien Public* le agradeceré mucho mande algunos ejemplares.

E. TERRASE, cura de Lanques

A consecuencia de esta carta, escribí inmediatamente al Sr. Cura Párroco de Lanques, comunicándole las observaciones que había hecho en Baissey sobre la esterilidad de los árboles frutales coincidiendo con la desaparición de las abejas, y hé aquí lo que me escribió sobre este asunto.

Lanques 24 Junio de 1887.

A pesar de estar sumamente ocupado, contesto inmediatamente á la interesante carta que V. ha tenido la galantería de dirigirme apresurándome á decirle que estoy de completo acuerdo con V. acerca de las ventajas que el cultivo de las abejas proporciona á la agricultura, á la arboricultura y también á los viticultores.

Verdad es que simplemente como distracción me ocupé del insecto melífero, pero como este estudio se ha convertido en mi pasión favorita, á él me dedico con cierto ardor aprovechando, no solamente los conocimientos teóricos que saco de los libros, revistas y periódicos, si que también mis observaciones y las de otras personas que, consigno en un registro especial, en el cual encuentro algunos hechos que corroboran la tesis que V. se propone sostener.

En el pueblo de Chalancey, en los confines del departamento de la Cote d'Or, y cerca del pueblo de V., es



donde yo por primera vez ejercí como cura párroco y como apicultor. Mi primera colmena fué comprada en Vernois, muy cerca de Selongey, de donde fuí provisionalmente cura párroco, y como el huerto de la casa rectoral era excesivamente pequeño, el Sr. Conde de Esclaibes puso galantemente á mi disposición un terreno libre en medio de su huerto; cuya generosidad fué con creces recompensable, no sólo por los panales de miel que eran el principal adorno de su mesa y las delicias de sus hijos; sinó que desde la instalación del colmenar que prosperó maravillosamente, sus árboles frutales han producido anualmente frutos magníficos y de excelente sabor.

Este hecho llegó á conocimiento de los nobles propietarios y no tuvieron ningún inconveniente en hacerlo constar, pues en los años peores, cuando la mayor parte de propietarios carecían de frutos en sus huertos, la señora Condesa tenía la satisfacción de poner en el centro de su mesa peras y manzanas hermosísimas, diciendo que allí estaban gracias á las abejas del Sr. Cura.

Hace dos años la fatiga que me ocasionaba el tener que regentar dos parroquias á la vez, obligóme á dejar la de Chalancey, pero allí quedaron una parte de mis cuarenta y cinco colmenas (obtenidas con tres enjambres en ocho años) para que las abejas, volando de flor en flor prosiguieran su labor fecundante.

En este concepto la abeja italiana me parece aún más á propósito que las indígenas. Su natural más activo y más vigoroso le permite poder salir en tiempos borrascosos, como los que ha hecho este año durante la florescencia de los árboles: así es que puede trabajar, cuando la abeja negra está inactiva en su colmena.

La abeja, pues, fecundiza, no sólo los frutales sinó todas las plantas.

Prosiguiendo mi tarea había reunido ya un gran número de observaciones preciosas, cuando Mr. Weber me citó un hecho que, si bien personalmente no lo había presenciado, lo oyó referir á personas dignas de crédito, y es, que en ciertos distritos de Sajonia, los labradores no siembran más que trigo, y éste es tan superior á los otros que se venden á precios más elevados como trigo de simiente; siendo de advertir que aquellos labradores, sin excepción, tienen colmenas que, en lugar de estar fijas, se hallan sobre carrillos, y algunos días antes de la florescencia del trigo, cada labrador engancha un caballo al vehículo donde esté la colmena trasportándola durante la noche al centro de su campo de trigo.

Almorzando un día en Velars con varios labradores, conté este hecho, y Mr. Genelot, colono de Faily, exclamó: —«Pues ahora me explico por qué mi mejor trigo es siempre el que está más cerca del colmenar, y la diferencia es tan considerable que desde que yo estoy en Faily, es siempre el que escojo para la siembra.»

En una de las cartas que escribí al Sr. Cura de Terrasse, le hablaba de lo que me había comunicado Mr. Weber, así como de la declaración de Genelot, y algunos días después recibí la respuesta siguiente:

Lanques 8 Julio 1887.

Le doy las más expresivas gracias, primero por la publicación de uno de mis artículos sobre la abeja italiana, y segundo, por los números de *Le Bien public*, suplemento del 2 de Julio, que ha tenido usted la galantería de mandarme los cuales enviaré á varios agricultores, amigos míos.

En cambio, me complazco en anunciarle un nuevo hecho en favor de la tesis de usted, y es á saber: que el Domingo último recibí la visita del Alcalde de Lanques, y después de relatarle el hecho que ocurre en los distritos de Sajonia, según el testimonio de Mr. Weber, se apresuró

á exclamar como el colono de Velars:—«Pues yo tengo un colmenar en medio del campo, y las tierras que le rodean me producen siempre mi mejor trigo de simiente. Aquellas tierras son de buena calidad, eso sí, pero en otros puntos de mi hacienda las hay tan buenas ó mejores que aquéllas, y no obstante, siempre doy la preferencia al del campo del colmenar, porque verdaderamente, es superior á todos los otros. No me explicaba la causa de esta diferencia, pero ahora enterado de lo que acaba usted de contarme, observaré con cuidado lo que sucederá en la próxima cosecha; pero repito que hasta hoy, he escogido siempre para sembrar el trigo de dicho campo.»

Mi padre, que es el director de la Colonia agrícola de Autreville, ha introducido en el establecimiento las abejas italianas siguiendo mis consejos, le han prosperado muy bien, y hoy le escribo rogándole haga experimentos sobre la cuestión que tanto nos interesa.

E. TERRASSE



El abandono del cultivo de las abejas es una de las más grandes faltas cometidas por nuestros agricultores, y aunque sea triste en confesarlo, es en Francia donde este abandono ha tomado mayores proporciones.

En Austria, Alemania, Italia, Hungría, Rusia y en los Estados Unidos, este cultivo ha sido fomentado de una manera especial y, decirlo precisa, en Alsacia Lorena, el Gobierno alemán subvenciona, con largueza, dos publicaciones apícolas fundadas después de la anexión. He aquí sobre esto un notable artículo de M. Brousse, publicado en el *Gaulois* y que resume admirablemente la cuestión.

«El programa que nos hemos trazado es el de los más

modestos, puesto que se reduce á demostrar á nuestros grandes propietarios agricultores, que están en un error al creer que la apicultura racional ó moderna, no merece llamar su atención al igual que la cría del ganado, el cultivo de los cereales y el de las viñas, suponiendo, sin duda, algunos de ellos, que sólo puede interesar á los pequeños labradores, y otros que es cosa que debe quedar relegada al pequeño huerto del cura de aldea ó al del maestro de escuela comunal. Permítasenos decirles que están en un profundo error. Este es un gran mal, pues el día que la apicultura racional ó moderna se conozca bien, está llamada á revolucionar la agricultura francesa *doblando la producción forragera, frutera y vinícola.*

Hablad de las abejas á uno de nuestros grandes propietarios, y os responderá que su tiempo es demasiado precioso para gastarlo en vagatelas de esta clase. No se dá cuenta, no, ese gran propietario que se deja arruinar por las naciones extranjeras en su propio territorio, de que en los Estados Unidos de América existen treinta sociedades financieras lo menos, con cinco ó seis millones de capital cada una, que emplean ¿saben nuestros lectores en que? Pues en cubrir de colmenas todo el territorio americano hasta los confines de la California. ¡Ah! es que los americanos comprenden que las abejas son indispensables para la buena fecundación de las plantas.



En uno de sus interesantes artículos sobre las abejas, monsieur J. Donnot, agricultor en Vouiller (Álarne, Francia) cuenta el hecho siguiente:

Las abejas ayudan eficazmente á la fecundación de las plantas. Posándose sobre las flores, y recogiendo el polen

ó polvo fecundante, con los movimiento de sus patas y alas lo hacen caer sobre la extremidad del ovario ó éstiló conductor, y el grano se forma con precisión, aunque el tiempo no sea favorable. He aquí un hecho que lo prueba. Un pueblo de Normandía estuvo tres años seguidos sin abejas, y durante este tiempo, aunque los manzanos estaban cargados de flor, no dieron fruto; lo que ocasionó la falta de sidra que es el vino de aquel país. Volvieron á instalar colmenas con sus correspondientes enjambres, y los manzanos nuevamente produjeron abundantes frutos; así es que hoy sería difícil encontrar un país en donde se cuidaran mejor las abejas.



El célebre naturalista Darwin repetidamente ha hecho notables ensayos sobre la fecundación de las plantas por las abejas, y siempre le han dado los mismos resultados.

Sembraba enfrente de su colmenar colza y trébol blanco, y cuando estas plantas iban á echar flor, cubría un cierto número de ellas con una gasa lijera, poniéndolas así al abrigo de la acción de las abejas. Cuando el grano estaba bien maduro, tomaba el mismo número de cúpulas de las plantas cubiertas por la gasa y de las que no habiéndolo sido, fueron visitadas por las abejas, y contaba los granos. La diferencia en favor de las plantas visitadas por las abejas resultaba, por término medio, de cincuenta á sesenta por ciento, siendo, además, los granos de éstas mucho más gruesos que los de las plantas tapadas con gasa.

Con el trébol se notaba asimismo otro fenómeno notable. El fecundado por las abejas era, invariablemente, mucho más alto que el cubierto por la gasa; de lo que deducía Darwin que el mayor desarrollo de la planta era debido á la succión constante de las abejas en las corolas, donde se

renueva sin cesar la miel, pues, si la planta no es suficientemente explotada, se congestiona y cesa su desarrollo. Lo que confirma esta observación es, que si bien las dos plantas de trébol florecían al mismo tiempo, la explotada por las abejas continuaba creciendo, después de abiertas sus flores, y se estacionaba la no explotada.



He aquí un experimento que interesa particularmente á los agricultores.

La acción fecundante de las abejas sobre las viñas y los cereales parece que es tan enérgica como sobre las frutas. Publicamos á continuación varias cartas que hemos recibido después de la primera edición de este folleto, que confirman la tesis que sostenemos.

Chassagne (Cote d'Or.)

He recibido su folleto, estando completamente de acuerdo con él. Desearía se ocupase en el desarrollo de la apicultura, que en nuestro país se considera como un pasatiempo sin importancia. En Chassagne no existen más que dos colmenares, el mío y el de otro propietario; las parras que hay en el huerto donde tenemos las abejas, cada año se ven cargadas de abundantes y magníficos racimos; sin ninguna clase de duda, son las mejores del pueblo, y nuestro común amigo M. Monniot podrá decir si exagero.

HENRI MAITRE

Meursault (Cote d'Or.)

He recibido su folleto, y acabo de leerlo con mucha atención; creo como V. que esos inteligentes insectos son los colaboradores más eficaces para obtener buenas cosechas en todos los jardines y huertos. Conozco un vecino

que tiene un hermoso colmenar, y sus árboles excitan cada año la envidia, al verlos cargados de preciosos y abundantes frutos: la parra que hay dentro del cercado produce grandes racimos, aunque por su calidad sean generalmente de los pequeños.

JORGEOT AINE

Saffnes (Cote d'Or.)

He leído con mucho interés su folleto titulado *Utilidad de las abejas*.

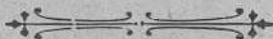
Poseo un huerto de una y media hectárea; y me es indiferente la temperatura, pues para mí la cosecha de frutos es siempre buena. Así es que este año, en que apenas se veía fruta en ningún árbol, he vendido 2.000 kilos de ellas.

Mis padres, antes que yo, habían tratado de averiguar el motivo de esta abundante producción, y le atribuían á la posición topográfica del terreno, abrigado por unas hileras de grandes álamos.

Su folleto me ha hecho abrir los ojos. En un jardín próximo al huerto, tengo siempre de diez á veinte colmenas, y desde ahora las cuidaré mucho más que antes, aumentando el número de enjambres cuanto me sea posible.

CLEMENCET

(Del folleto de M. E. Jobart, de Dijon.)



Nuestro voto particular

Publicado en dicha Revista más de lo que de ella hemos copiado, y habiéndonos pedido su ilustrado Director, que le manifestáramos nuestro modo de pensar acerca del asunto, lo verificamos en la forma que reproducimos aquí:

Monzón de Campos 7 de Febrero de 1892.

Sr. Director de *El Colmenero Español*:

Muy apreciable señor mío: He leído hasta con fruición su bien escrito artículo *Utilidad de las abejas*, publicado en el primer número de *El Colmenero Español*.

Estoy completamente de acuerdo con cuanto allí se dice y apoya respecto á la beneficiosa influencia de las abejas en la fecundación de las plantas. Y tanto es así, que sentía pena por no creerme apto para consignar por escrito y de una manera clara y digna de la importancia del asunto, esa opinión, que, para mí, es una verdad demostrada por la experiencia, y en tal concepto la había yo admitido desde que repetidas observaciones me lo hicieron entrever.

Naturalmente inclinado á contemplar y admirar, en la medida que mi escasa penetración alcanza, las maravillosas manifestaciones de la creación; viendo un día cómo las abejas, las mariposas y algunos otros insectos inofensivos para las flores, al tomar en éstas su alimento, se llevaban adherido á su cuerpo ó á sus extremidades parte del polen, me había hecho esta reflexión: puesto que las flores no nacen

fecundas, sinó fecundables, y para pasar de fecundables á fecundas y producir frutos, sólo necesitan del contacto del polen ó polvillo fecundante con su órgano sexual ú ovario, cualquiera que sea el instrumento ó medio de verificarse ese contacto en condiciones oportunas, será un verdadero auxilio para la fecundidad de las plantas. Y de aquí deducía que no sólo el viento, como antes venía creyendo, sinó también los insectos, y en particular las abejas, tomarían una parte activa, más ó menos importante, en ese acto tan indispensable para la producción de los frutos.

Más tarde, aunque hace ya tiempo, fijando mi atención en que los frutales que con más avidez y constancia visitaban las abejas en la época de su florescencia eran los que más y mejores frutos rendían, sentí excitada mi curiosidad, moviéndome á observar el resultado de varios experimentos con los cuales hallé motivos suficientes para creer que la actividad incesante con que las abejas, siguiendo su natural instinto, se afanan por extraer de los flores la miel que recojen para su propio sustento, ó el polen que necesitan para alimentar á sus larvas, las convierte en poderosos elementos de fecundidad para las plantas, realizando la siembra indispensable del polen fecundante sobre el pistilo conductor.

Es más aún; no obstante mi convencimiento de que los vientos son el medio ordinario y universal para la unión de ambos sexos en las flores, soy de parecer que las abejas, en la esfera de su acción, realizan de una manera más eficaz esta obra, por la mayor energía con que trabajan, y porque su labor vá más derecha al objeto. Me explicaré: los vientos son demasiado suaves unas veces, otras demasiado fuertes, y siempre obran en la dirección de su respectiva corriente. En el primer caso no sacuden lo bastante para que el polen llegue á estimular el órgano de la fecundidad, en el segundo le arrancan y transportan de una manera tan violenta que le obligan á traspasar los

límites de la flor para perderse en el ramaje de las plantas ó caer al suelo sin utilidad alguna; y en ambos el impulso del viento imprime al polen una dirección, muchísimas veces, bien diversa de la que necesitaría seguir para realizar su fin.

Estos inconvenientes no se hallan en la acción de las abejas. Ellas eligen por campo de sus operaciones los reducidos límites de las flores; en su afán por extraer el delicioso nectar que contienen, ponen en constante conmoción sus estambres y pistilos; estimulan su delicada sensibilidad, y cuando, en virtud de su incesante rozamiento, se verifica la siembra del polen sobre el ovario, se encuentra éste bien dispuesto para recibirle con aprovechamiento, produciéndose así un engendro más seguro y vigoroso. Además; dirigiéndose las abejas de unas á otras flores en todos sentidos indistintamente, cualquiera que sea la posición que estas tengan, erguidas ó abatidas, vueltas á un lado ó á otro, las tomarán por asalto y repetirán en todas la misma labor con iguales ó semejantes resultados. Sobre todo en las épocas de frecuentes lluvias, las abejas son quizás, el principal agente de la fecundidad. Sabido es por los agricultores, y más aún por los horticultores, que las lluvias, ya que no concluyan con las flores, como las heladas, merman en gran manera su producción. A más de uno he oído decir que las lluvias matan las flores, porque depositándose en ellas el agua, las pudre; mas yo creo que la infecundidad de las flores, por causa de las lluvias, procede de que, mojándose el polen se resiste á la acción de los vientos, y desprendiéndose por causa del agua sin haber sido esparcido convenientemente, por su propio peso cae al fondo de la corola, ó sobre las hojas y suelo, esterilizándose por falta de un agente poderoso para utilizarle, cual lo serían las abejas, toda vez que existiesen enjambres suficientes para prestar este servicio en los campos.

Lleno de esta idea, no tengo inconveniente en dirigir á todos los labradores mi débil voz para decirles: si deseáis obtener mayores rendimientos y mejorar la calidad de los frutos que os producen vuestras heredades, fomentad el cultivo de las abejas, como fomentáis la cría de las ovejas para beneficiar con sus abonos vuestras tierras; aumentad cuanto os sea dable el número de los enjambres; que un bien atendido colmenar sea el departamento obligado de todas vuestras casas de labor, poblad vuestros campos de esos insectos tan admirables por su industriosa y ordenada laboriosidad, y no dudéis que ellos sabrán recompensar con creces todo el bien que les hiciéreis, no sólo endulzando con su miel vuestras amarguras, sinó aumentando al propio tiempo vuestras cosechas, y mejorando la calidad de vuestras frutas, de vuestros vinos, de vuestros cereales, de vuestras legumbres y hasta de vuestras hierbas, con la beneficiosa influencia que ejercen en la fecundación de todas las plantas melíferas. No olvidéis que el Todopoderoso derrama con profusión la fecundidad en la Naturaleza, y al propio tiempo ofrece al hombre mil y mil variados elementos para utilizarla en su provecho; pero dejando en parte, á su cargo el cuidado y trabajo de aplicarlos á sus fines en la medida de su inteligencia y de sus fuerzas físicas. No pretendáis que todo lo hagan el calor vivificante del sol, el suave rocío que refrigera las plantas, el aire que las vigoriza y la tierra que las sostiene y alimenta. No: todos estos grandiosos elementos son á no dudarlo, los principales, más no los únicos: son los indispensables para hacer productivo el suelo que pisamos, y porque son indispensables y no caen bajo el dominio del hombre, el Supremo Hacedor, que nunca escasea lo necesario, nos los dispensa con mano bienhechora. Pero existen otros medios que podemos utilizar á nuestra voluntad para aumentar la producción, y son los medios secundarios, que la misma Providencia ha puesto á disposición del hombre, como por

ejemplo, el trabajo, que en un surco más profundo derrama un sudor más abundante y generoso: las abejas, que buscando su sustento en unas flores, tal vez adormecidas en el sueño de su virginidad, despiertan en éstas sus aptitudes para recibir el polen fecundante, y poniendo á éste en contacto con el ovario, las convierte en madres de unos frutos tanto más crecidos y sabrosos, cuanto mayores fueron las energías que concurrieron al acto de la fecundación.

De intento propongo este último ejemplo porque deseo que los grandes propietarios y todos los labradores fijen su atención en este hecho, que suele pasar inadvertido, y es de suma importancia para la producción, por lo que los trabajos de las abejas pueden influir en el aumento de los diversos frutos de las plantas; pues por lo que hace á la producción de la miel y de la cera que las es exclusiva, cosa es que interesa igualmente á los que no somos labradores. Y respecto de este particular, hartos sabido es que el hombre no cuenta con ninguno otro recurso para obtener, siquiera á veces se halle en abundancia esparcida por los campos, la primera, la cual, tomada en alimento por las abejas, produce en forma de secreción la segunda.

Ahora bien; teniendo en cuenta que la miel y la cera constituyen una riqueza no despreciable; que la primera productora de la segunda, se encuentra en la mayor parte de las plantas, pero de una manera imposible de ser explotada por el hombre, y que solas las abejas son el agente conocido para extraerla y ponerla á nuestra disposición, yo me atrevo á rogar á todos en general, y por tratarse de un ramo de la agricultura, á mis queridos, honrados y laboriosos labradores en particular, que me permitan recomendarles las abejas como seres dignos de su atención, de su solicitud y hasta de su cariño y gratitud por la utilidad que les reportan. Y si tal vez necesitase persuadirles de esta utilidad, prescindiendo de todas las demás consideraciones, que dejo apuntadas, no tendría más que decirles: «Calculad

la cantidad de miel que en el trascurso del año atesoran las diversas plantas, que florecen en vuestro término municipal, y ya que esto sea imposible, convenid siquiera conmigo en que será grande, como grandes son todos los dones de Dios, y sumará algunos miles de kilos, número aproximado de pesetas, que pudiérais recoger, contando con el suficiente personal de obreros aptos para ello, que no pueden ser otros sinó las abejas, obreros gratuitos, heróicos, hasta morir en su trabajo, y además tan generosos, que constituyéndose en meros y sumamente frugales usuarios de su propio capital, os hacen herederos en vida, dejando en favor vuestro la mayor parte de sus rendimientos y la propiedad: Y sin embargo, vosotros, ¡ingratos!, mirando con desdén á tan benéficos insectos, dejais perder esa herencia; hollando con vuestra planta lo que la Providencia destinó á endulzar vuestro paladar y aumentar vuestro capital.»

.

Reproducida ya la carta, en que expusimos en otro tiempo nuestras ideas respecto al influjo que las abejas ejercen en la fecundación de las plantas, nos parece oportuno transcribir aquí en su apoyo un párrafo lleno de arrebatadora poesía que el sublime autor del Genio del Cristianismo dejó escapar de su pluma, aunque no era aquél el asunto de su inmortal obra. En él encontramos una satisfacción tanto más grande cuanto que el testimonio de todo un Chateaubriand equivale á la última palabra de la ciencia; y al propio tiempo nos servirá como de terroncito de azúcar que queremos propinar á nuestros lectores para contrarrestar el mal efecto que haya podido causar en ellos lo desabrido de nuestro escrito.

«En el reino encantador de las flores, dice *el célebre autor citado*, adquieren las maravillas de la naturaleza un carácter más risueño y apacible. Al ver las plantas elevadas en el aire y en la cumbre de los montes, cualquiera

diría que toman algo del cielo, á que se aproximan. A veces cuando reina una profunda calma al salir la aurora, todas las flores del valle están inmóviles en sus tallos, se inclinan en mil modos diversos y miran hácia todos los puntos del horizonte; y en aquel momento en que todo parece estar tranquilo, se consuma un grande misterio; *la naturaleza concibe, y estas plantas jóvenes son otras tantas madres* inclinadas hácia la región misteriosa de donde debe venirles la fecundidad. Los silfos tienen simpatías menos aéreas y comunicaciones menos invisibles. El narciso deposita en los arroyos su raza virginal; la violeta confía á los céfiros su modesta posteridad; *la abeja recoge su miel, vagando de flor en flor y fecunda sin saberlo toda una pradera*; una mariposa lleva un pueblo entero en sus alas. Mas no todos los amores de las plantas son igualmente tranquilos; pues las hay que los tienen borrascosos, como los del hombre; se necesitan grandes tempestades para unir en las alturas innacesibles el cedro del Líbano con el del Sinaí, al paso que en la falda de la montaña basta un ligero viento para establecer entre las flores una comunicación de deleites.»

El mismo Chateaubriand tan profundo observador de la naturaleza, queriendo dar una idea de la suma importancia que las abejas tienen para la agricultura, ha dicho: «La abeja es la vanguardia del labrador.» No podía decir más, ni mejor, para dar á conocer la influencia que las abejas ejercen en la fecundación de las plantas. El laconismo de sus palabras encierra todo un largo discurso, y es una pincelada maestra, que retrata al vivo á las abejas, colocándolas en el lugar que merecen ocupar en ese formidable ejército de fuerzas y de medios, con que el labrador se vé forzado siempre á luchar contra las resistencias de la naturaleza, para rendirla y hacerla su tributaria.

Y no hay que pensar que esa frase esté fundada, ni pueda referirse á la producción de la miel y de la cera;

pues su autor distinguía bien de colores; sabía expresarse con toda propiedad, y habría dicho que la abeja es la vanguardia de su propietario, siquiera sea sastre, músico ó pintor. Sabía apreciar las cosas, y jamás, por solos esos rendimientos, le habría dado un lugar tan preferente y tan importante en el ejército de operaciones, de que se sirve el labrador. Por algo más y de mayor valía que la miel y la cera presentó á la abeja como un grande y principal factor para la agricultura; y este algo no puede ser otro, que el influjo que ejerce en la producción de las plantas, aumentando y mejorando las cosechas.

Sería interminable, si me propusiese aducir testimonios en corroboración de una verdad tan demostrada por repetidísimas experiencias y reconocida y preconizada ya de muy antiguo por ilustres sabios y profundos naturalistas. Y como quiera que, con lo expuesto, queda suficientemente demostrada la utilidad innegable de las abejas en el orden material, que tanto interesa á los labradores; vamos á considerarlas como utilísimas también en el orden moral, más interesante aún para todos, y muy en especial, para las clases elevadas, ya que son el blanco de los anarquistas y de cuantos, so pretexto de reivindicar una emancipación utópica, funesta y tormentosa, se precipitan en las vías del crimen para aniquilar la sociedad.



Utilidad de las abejas en el orden moral

Es indudable que las diversas profesiones, que el hombre ejerce, llevan consigo una fuerza secreta, que influye poderosamente en sus sentimientos, en sus aspiraciones y en sus hábitos y costumbres, formando en él como una segunda naturaleza, que le subyuga en virtud de la repetición de los actos, en que se ejercita, y del roce continuo ó frecuente con los seres y objetos que le ocupan.

En este supuesto, las abejas, á quienes el apicultor se asocia, sobre ser un elemento de riqueza material para el hombre, son á la vez utilísimas con relación al orden moral, pues aunque de una manera inconsciente, son un modelo de grandes virtudes individuales y sociales, cuyo estudio, hecho por nosotros con la debida reflexión, nos estimularía á obrar, á impulso de la razón, lo bueno que ellas ejecutan, siguiendo su natural instinto. Ellas viven en sociedad, como el hombre; cada colonia constituye un estado, en que jamás se altera la paz, porque todos sus individuos se mueven en virtud de idénticos resortes y no sienten los estímulos del egoísmo. No diré que ese estado sea una monarquía, ni una república, puesto que no existe en él soberano, ni jefe; y sin necesidad de leyes, ni preceptos, todos por igual contribuyen, en perfecta armonía, á su mayor prosperidad. Es más bien una familia numerosísima, en la cual una madre, tan cariñosa, como prolífica, es tiernamente atendida por sus hijos, y éstos se ayudan mútua y espontáneamente en todos sus múltiples y variados trabajos. Si es admirable la fuerza con que aquélla desarrolla su



fecundidad, es más admirable aún el tino exquisito con que éstas la estimulan ó moderan, suministrándola con regla el alimento, al propio tiempo que, con la mayor solicitud, sirven de nodrizas á sus nuevos hermanos, alimentándoles cuidadosamente en los primeros días de su existencia, pres-tándoles calor para su conveniente desarrollo y procurando tener bastante acopio de miel para que nada les falte cuando, abejas perfectas ya, salen de su celda. Y lo que es más pasmoso todavía, y que hace suponer el acendrado cariño que profesan á la madre, y las grandes consideraciones que se guardan entre sí, es que, cuando, á causa de algún enfriamiento, mueren las larvas sin llegar á su estado perfecto, con la mayor premura y sigilo, las arrancan de las celdas, y las trasportan á largas distancias, como si quisieran evitar no solo la fetidez, sinó también las dolorosas impresiones, que pudiera producir la vista de sus cadáveres; pues con los de abejas intrusas cambian de proceder, limitándose á arrastrarlos solo cuanto es preciso para arrojarlos por la piquera.

Bien sabemos que este último punto tiene mucho de problemático, no pasando de ser una apreciación, hija tal vez de nuestro sentimentalismo; y por lo tanto no insistiremos en este género de consideraciones para lograr el fin que nos proponemos de inspirar interés por las abejas, bastándonos al efecto haberlas considerado antes bajo el punto de vista de su utilidad material, y presentarlas ahora como unos objetos dignos de toda nuestra consideración, por los instintos que en ellas observamos, tanto más apreciables, cuanto que se asemejan á la inteligencia más bien cultivada del ser racional.

Ellas no progresan, porque el progreso es ley exclusiva y honroso distintivo del hombre; pero tampoco retroceden, como ha retrocedido más de una vez la humanidad en su carrera; y el espectáculo que sus obras nos ofrecen hoy es tan admirable, como lo ha sido siempre en el tras-

curso de los siglos; y sus costumbres en nada han variado desde el día de la creación: ni han perdido nada de su primitiva conformidad con los designios del Criador. Al presente y, como en todo tiempo, son el tipo de la laboriosidad y de la economía, del orden y de la disciplina, de la constancia y de la resignación, de la prudencia y del valor, en una palabra, de la más exacta puntualidad en realizar la misión, que recibieran de lo Alto. Por su incesante trabajo, son tan grandes productores, como por su frugalidad y parsimonia pequeños consumidores, y viviendo para trabajar, comen solo para vivir, que es la regla infalible del ahorro y de la economía. Atentas siempre al bien común de sus respectivas colonias, sacrifican su reposo y todas sus fuerzas, para ayudar á sus hermanas en cuantas labores exige su cooperación, medio único de llegar, por la abnegación de todos sus individuos, á la prosperidad y al orden más completo en una sociedad, ya sea doméstica, ya social. Firmes en la adversidad, arrostran todas las contradicciones, que experimentan con harta frecuencia, y sufren sin irritarse los mayores desastres, cuando provienen de causas naturales, como la crudeza del temporal ó el desprendimiento de sus panales. No así cuando se trata de ultrajes hechos por algunos de los muchos enemigos con que cuentan, pues entonces su conducta cambia por completo, y solo el temor de ser acometidas estimula su vigilancia para defender sus derechos con la más exquisita prudencia, estableciendo un servicio permanente de guardias, que impidan la entrada á cualquier extraño, que pueda ser nocivo á sus intereses; y ésto sin más santo y seña que su excepcional olfato para conocerles con toda seguridad, ni otra consigna que su propio heroísmo para morir, si se hace preciso, luchando con valor en bien de sus defendidas.

Sin que digamos más sobre esta materia inagotable, podemos creer que hasta el más exigente encontrará en lo

poco que dejamos consignado, y está á la vista de todo el que, con alguna atención, observe una colonia de abejas, motivos suficientes para rendirlas un tributo de admiración y de cariño por sus propiedades, por sus costumbres y por su utilidad, no sólo material por sus productos, sinó también moral por las ideas de virtud, que hacen despertar en las almas reflexivas.



Temor y miedo sin razón de ser

Son muchos los hombres que, en lugar de admirar las abejas, las miran con la mayor indiferencia, porque no se detienen á contemplar en ellas, en sus instintos y en sus obras, las magnificencias de la creación, que incesantemente nos convidan y nos llevan á reconocer la sabiduría infinita del Supremo Hacedor, y á bendecir su mano Omnipotente y bienhechora. Otros, no pocos, aunque las admiran, en vez de amarlas las temen, y olvidando por el temor, los beneficios que pudieran reportar de sus servicios, huyen de ellas por el espanto que les infunde su aguijón. Dignos son de compasión los primeros, porque en muchos casos se verán privados del grato y sencillo placer, que ofrece á todos el grandiosísimo espectáculo de Naturaleza. Por lo que hace á los últimos, bien pudiéramos dejarles tranquilos en su proceder, ya que se vé con toda claridad que no quieren morir de cornada de borrico. Más esto equivaldría á la pérdida de brazos, quizás muy aptos para el cultivo de las abejas; y con la grata esperanza de verles dedicados á él un día, preferimos hacerles algunas reflexiones encaminadas á persuadirles de que ese temor es infundado y solo disculpable en los niños y señoritas.

Considerad, les diremos: considerad que Dios ha colocado en vuestras manos el cetro del mundo, y que todo lo que en él existe está sometido á vuestro imperio y voluntad; porque todo fué creado para el servicio del hombre, como lo fué el hombre para el servicio de Dios. No importa, que á veces, los vasallos se rebelen contra su soberano. La rebelión no debe intimidar jamás á un monarca, que tiene la

conciencia de sus derechos, y cuenta además con suficientes medios para hacerlos respetar y hacerse obedecer. No en vano el Señor nos dotó de inteligencia y de razón, con la cual pudiéramos sojuzgar á todos los seres, á pesar de todas sus resistencias; porque la inteligencia, destello de la sabiduría divina, es la fuerza suprema que dispone de todas las fuerzas creadas, por grandes que sean y por irresistibles que parezcan. ¿Quién sinó la inteligencia del hombre triunfa de las impetuosas olas del mar, y domina los más furiosos elementos, y amansa los feroces instintos de los animales más temibles, haciéndoles servir á sus deseos? ¿No véis, cómo el marino surca el embravecido Océano, meciéndose en su barco, con igual tranquilidad que el niño es mecido en suave cuna? ¿No véis el globo entero estremecido á un simple amago del hombre, arrojar de sus entrañas las riquezas que en ellas escondía; y el fuego, y el aire, y el agua, y la electricidad, cumpliendo sumisos sus órdenes y preceptos? ¿No habéis visto numerosas y escogidas colecciones de fieras, convertidas todas en mansos corderos, que lamen obsequiosas la mano de sus dueños? Pues todo es obra de la inteligencia del hombre. Sin la inteligencia, el hombre sería uno de los seres más débiles de cuantos existen; con ella es el monarca de la creación, y dicta sus leyes, tanto á las criaturas animadas como á las inanimadas; y ahoga la encendida cólera del rayo con la misma facilidad que apaga la ténue luz de una cerilla, y se hace respetar, obedecer y temer, lo mismo del gran cetáceo, que pone en conmoción los mares, que del imperceptible microbio, que aspira traidor á minar nuestra existencia.

¿¡Sois, pues, monarcas!? ¿Y no os avergonzais de desconocer los derechos y las obligaciones de vuestra soberanía, cuando teméis, y por temor huis de unos vasallos que, lejos de rebelarse contra vosotros, os ofrecen su amistad y sus servicios? ¡Monarcas degenerados, que abdicais cobardes

vuestra autoridad, y bajais las gradas del trono, sin daros cuenta del inapreciable bien que renunciáis! Deponed vuestro temor y, confiados en vuestro poder, empuñad de nuevo el cetro, que de derecho y por vuestro elevado origen os pertenece. Pero no olvideis que los vasallos tienen también sus derechos, y en uso de esos derechos las abejas, para seros fieles y sumisos vasallos, os imponen la precisa condición de que habeis de tratarlas; como debe hacerlo un buen soberano, con cariño y precaución. Y aquí está todo el secreto para no tener por qué temer á las abejas; tratarlas con cariño, para que no se irriten, y tomar las debidas precauciones para evitar sus acometidas, cuando lleguen á irritarse. Lo primero se consigue estudiando sus costumbres y sus instintos, para conformarse á ellos y atender á sus necesidades. Lo segundo cubriendo la cara con un velo de gasa negra, y las manos con guantes desahogados de lana. Con estas sencillas precauciones, bien puede todo el mundo manipular cuanto quiera las abejas.

No queremos decir con esto que todo el mundo haya de ser apicultor. Sabemos muy bien que en el mundo, sometido al imperio, no de cada uno de los hombres, sinó de la humanidad colectivamente considerada, existe un sinnúmero de veneros de riqueza explotable por el hombre; y cada uno de esos veneros exige para su explotación el concurso de la inteligencia y de los esfuerzos de muchos hombres; y por consiguiente, hay de sobra oficios y cargos para todos; cargos y oficios que según su diversidad, reclaman aptitudes especiales para su buen desempeño, quedando á la voluntad del hombre la elección, atendida su capacidad para emplear los medios adecuados al fin que se propone.

Pues bien: la Apicultura es uno de los innumerables cargos ú oficios que puede ejercer con utilidad el hombre; su importancia, por desgracia harto desconocida por muchos, está pidiendo con instancia el concurso de los pueblos, y siendo, como es, un ramo de la Agricultura, los labra-

dores y grandes propietarios de fincas rurales son los llamados en primer lugar á ejercerla con mayor provecho y á desarrollarla; razón por la cual, á estos en particular ofrecemos nuestras consideraciones, que, aunque vacías de mérito, van llenas de buena voluntad, y manifiestan bien nuestras simpatías por esa ocupación, que consideramos del todo inocente, saludable en gran manera por el moderado ejercicio, que requiere al aire libre, y tan esencialmente recreativa, que pudiere servir de honesto esparcimiento y distracción en los pueblos agrícolas, sin perjudicar en nada á las graves y más urgentes labores del campo; al propio tiempo que añadiría á la suma de los productos generales de los cereales, semillas, frutas y otros (favorecidos ya por los trabajos de las abejas) el producto propio y exclusivo de estos insectos tan apreciables por todas las razones que quedan apuntadas.

¡Y cuánto no ganarían en moralidad los pueblos, si en ellos se estableciese y propagase el cultivo de las abejas! ¿Qué ocupación más propia para recrearse después de haber cumplido los deberes religiosos en los días festivos? Lucha el trabajador para ganarse la subsistencia, y frecuentemente profana con este motivo los días festivos, ocupándose en obras serviles, que agotan sus fuerzas y le degradan hasta nivelarle con el animal de carga, cuando en el ejercicio de la apicultura hallaría mayor utilidad, sin hacer traición á su fé y elevándose con el desarrollo de sus facultades intelectuales y morales; puesto que, las abejas mismas, con su inconsciente ejemplo, le estimularían á la práctica de grandes virtudes, tanto privadas, como domésticas y sociales. La casa del obrero es, á veces en los días festivos, teatro de escenas harto tristes y lamentables; porque en la taberna y en el juego se disiparon los ahorros de la semana, al par que se han contraído ó arraigado vicios, que destruyen la paz y arruinan á la familia; y todo bajo el pretexto de la diversión y pasatiempo. Para curar este

mal, el cultivo de las abejas ofrece goces más positivos y exentos de todo vicio. Y como consecuencia de esto, es de notar que jamás se ha visto figurar en las estadísticas criminales un solo apicultor que lo haya sido de verdad; y tenemos el convencimiento de que, si los anarquistas todos y los nihilistas se hiciesen apicultores, habría desaparecido del mundo el espanto que infunden sus tendencias destructoras, y sus satánicas maquinaciones, no menos que el terror que causan sus crímenes. ¡Tanta es la influencia moral que en nuestro concepto, ejerce el trato frecuente con las abejas!



Utilidad de la Apicultura

Demostrada en la medida de nuestra capacidad y según nuestro modo de entender, la utilidad de las abejas, lógico será que nos ocupemos algo de la utilidad de la apicultura, consecuencia natural y forzosa de aquélla.

Y en efecto; la razón y la experiencia nos evidencian que el hombre, asociando su acción inteligente á la acción instintiva de las abejas, puede aumentar en favor suyo la utilidad que éstas le ofrecen, y por medio de ellas, explotar en mayor escala esa verdadera mina de miel, de cera y de fecundidad, cuyos filones, si bien ocultos y escondidos á nuestras miradas, se extienden por todas partes, formando una delicada y tupidísima red, que, sobre todo en la estación de las flores, cubre materialmente como con precioso velo, todo el suelo que pisamos. Tal es el objeto de la Apicultura.

Ahora bien; para proceder con método en lo poco que podamos decir acerca de esa industriosa y útil profesión, sentaremos, ante todo, las siguientes verdades, que no necesitan demostrarse; porque las comprende fácilmente la razón, y son la base y fundamento de la apicultura y explotación á que ella se presta:

- 1.^a Las abejas, abandonadas á su estado salvaje, que es su estado natural, se bastan á sí mismas y no necesitan del hombre para tomar de la naturaleza la miel suficiente para su propio sustento y conservación; y además otra cantidad sobrante, que almacenan con el fin de poder hacer frente á las eventualidades.

2.^a El hombre es quien necesita del concurso de las abejas para proporcionarse la miel y la cera; que no puede obtener por ningún otro medio, y que tan importantes aplicaciones tiene en el comercio humano.

3.^a Solo la cantidad de miel y de cera sobrante y excedente á las necesidades de las abejas, es la racionalmente llamada á ser explotada y utilizada por el hombre.

4.^a Esta cantidad excedente es susceptible de aumento, por los medios, que están al alcance del hombre, para estimular á las abejas á hacer mayores acopios favoreciendo así la explotación.

Esto supuesto, y teniendo en cuenta que toda explotación requiere cálculo por parte del hombre, y una acertada aplicación de los medios indispensables para su buen resultado, es indudable que, tratándose de una explotación, cuyo medio único son las abejas, éstas deben ser el factor principal, pudiéramos decir exclusivo, que ha de entrar en nuestro cálculo, y el objeto preferente de nuestra atención y de todos nuestros esfuerzos para hacerlas servir al fin que nos proponemos, sin sacrificarlas en lo más mínimo, antes por el contrario, favoreciéndolas y ayudándolas en la medida de sus necesidades y de nuestra posibilidad. Obrar de otro modo sería trastornarlo todo, confundirlo todo, destruir el orden de las causas y de los efectos, y, buscando á las abejas, no como medios, sinó como fin y objeto de la explotación, solo conseguiríamos debilitarlas y aniquilarlas, y con su aniquilamiento y destrucción, cegar la mina misma que nos proponíamos explotar.

Esto es, por desgracia, lo que estamos viendo que acontece en muchas provincias de España y en particular en las de Castilla la Vieja, donde, no obstante su abundante y privilegiada flora, las colonias de abejas languidecen de continuo, y durante los últimos años han disminuido notablemente, siendo las pocas que quedan de tan escasa fuerza, que, salvo rarísimas excepciones, no recolectan apenas para

su conservación. Y no puede esperarse otra cosa en unos países, que no tienen un solo apicultor, sinó únicamente cierto número de colonias en poder de propietarios que, desconociendo sus instintos, sus costumbres, y más que todo, sus necesidades, las abandonan por completo á sí mismas durante todo el año en medio de un clima excesivamente frío, y no se acuerdan de ellas más que para recoger, con demasiado afán, sus nuevos enjambres, y sujetarlas en su día al tormento de los ganchos, para arrancarlas sin duelo sus panales, aplastándolas por millones, y privándolas, tal vez, de la parte de miel, que necesitan para dar principio á la cría. No es nuestro ánimo ofender á nadie, y si alguno sintiese herida su delicada susceptibilidad por nuestras palabras, téngalas por no escritas; pero sea amable para con nosotros y reconozca que, hoy por hoy, en esta tierra nada sabemos de apicultura, y nuestros procedimientos para con las abejas no son, en general, más que unos meros actos de expoliación violenta, para aprovechar una utilidad presente, sin pensar siquiera, ni atender para nada el porvenir.

El verdadero apicultor tiene miras mucho más elevadas, y procede con inteligente previsión. Se propone hacer suya, no la pequeña cantidad de miel, que encuentra almacenada en una ó muchas colmenas, que posee, sinó la mayor que pueda de la incalculable, que existe esparcida en los campos; y sabiendo que el número y calidad de los enjambres, que logre tener, estará en relación con sus utilidades, dirige todos sus esfuerzos á multiplicarlos y desarrollar su fuerza, bien persuadido de que este es el camino único, seguro é infalible para llegar al resultado que apetece. Emplea su inteligencia en favorecer á las abejas y fomentar sus instintos productores, y las abejas, siguiendo su natural instinto, le devuelven con creces sus favóres y recompensan su inteligencia con mayores productos. Él, antes que explotar de presente, toma sus medidas para

asegurar una mayor explotación en lo porvenir; y como no ignora que una colonia poderosa dá más rendimientos que muchas débiles, primero que aumentar el número de sus enjambres, procura aumentar la población de los que ya posee, evitando la salida de otros nuevos, cuando solo servirían para debilitar á la madre y disminuir la cosecha de la miel. Él, en fin, obra en todo con discernimiento, y por los diversos y múltiples medios, que los colmeneros rutinarios desconocen, obtiene buenos resultados, aún en los años más estériles de miel.

Esto prueba que no es la miel la que escasea, sinó los medios aptos para hacer su recolección en tiempo oportuno, pues sucede con frecuencia que la mielada en las flores, y la ligamaza en las hojas duran muy pocos días, y para aprovecharlas sería preciso contar con enjambres poderosos, que enviaran mayor número de recolectoras al campo. Somos de parecer que, aún en los años más escasos de miel, es incomparable mayor la cantidad que se pierde en las plantas, que lo que pudieran recoger muchísimos más de los enjambres que hay en cada comarca; y si se nota que estos hacen insignificantes acopios, no es por falta de miel, sinó por falta de operarios para recogerla. Hay mucho afán por explotar sin previsión, y las pocas colonias que existen, se encuentran, (ya lo hemos dicho) debilitadas hasta el extremo de ser inútiles para la recolección. Cuando más podrán vivir con estrechez, más nó producir para el ahorro. ¿Qué podemos prometernos de unas colonias compuestas sólo de quince, de veinte, ó veinte y cinco mil abejas en la época de su mayor desarrollo? ¿Qué miel podrán recoger, siquiera la haya á sobrar en el campo? Bien poca será, por cierto, teniendo en cuenta el reducidísimo número de abejas que pueden salir en busca de ella, cuando casi todas son necesarias para atender á las labores interiores de la colmena; á alimentar y dar calor á la cría, hacer nuevos panales, dar la guardia á la entrada, y otros oficios

que para ellas son indispensables. Si contásemos con colonias de sesenta mil abejas, y mejor aún más numerosas, como las hay de ciento veinte mil, no tendríamos inconveniente en asegurar que no habría años escasos de miel, y aunque en algunos podría ser menor la cosecha, siempre llenaría nuestros deseos, si no iban más allá de lo razonable.

Esta ha sido nuestra persuasión de largo tiempo; pero nos persuadimos más desde que, invitados por su dueño, presenciemos la extracción de la miel en un colmenar (sistema fijista) y tuvimos la curiosidad de fijarnos en su resultado comparativo entre todas sus colonias; resultado, que por sí sólo debe bastar para que el más obstinado en atribuir á la escasez de la miel en los campos la falta de cosecha, se convenza de que la causa principal está en la debilidad de las colonias. De otro modo no se comprende que en un mismo año, en un mismo colmenar, con idéntica flora, con igual temperatura, y sin distinción alguna en la manera de haber sido tratadas las abejas, hubiesen dado 160 kilos de miel las veinte y siete colonias explotadas, con la enormísima diferencia entre unas y otras, de que, mientras dos de ellas rindieron á 21 kilos; otras dos á 19; tres á 18; seis á 4 y una á 2, las trece restantes apenas tenían para su conservación.

Lo que procede, pues, en vista de estas consideraciones, no es abandonar el cultivo de las abejas por temor de que no hallen bastante miel para el conveniente acopio, sino más bien se debe fomentar más y más la apicultura, aumentar el número de las colonias vigorosas, y confiar en que no las faltará donde emplear sus energías; pues por más escasa que se halle la miel en el campo, no lo estará tanto como acaso nos figuramos, sin reflexionar siquiera que quien la siembra no suele usar medidas pequeñas. Además de que, la misma escasez que se teme es la más poderosa razón, que debe movernos á cultivar las abejas y tener á nuestra disposición mayor y más escogido personal de

operarios para sacar el mejor partido posible de lo poco que ofrezca la naturaleza. Debemos tener en cuenta que la escasez aumenta el trabajo de la recolección y exige mayor número de obreros para verificarla; pues cualquiera comprende que, si para extraer un gramo de miel bastaría en años abundantes el trabajo de una sola abeja sobre cien flores; para extraer un mismo gramo de miel en años escasos, sería tal vez preciso el trabajo de ocho abejas sobre cuatrocientas flores, por la sencilla razón de que cada una de éstas rendiría menor cantidad y al propio tiempo opondría mayores resistencias.

Si viéramos caer la miel en forma de lluvia torrencial, no necesitaríamos de una sola abeja para hacer un buen acopio de ella, bastándonos poner nuestros cántaros ó nuestras tinajas á las goteras de nuestros tejados. Si abundase en los árboles como la sabia en los pinos, con sólo sangrar aquéllos tendríamos fácil recurso para obtener por nosotros mismos cantidad considerable. Si al menos pudiéramos contar con que en la forma con que se presenta en las plantas, permaneciese en ellas por mucho tiempo y en condiciones favorables para ser recogida por las abejas, con pocos y no muy vigorosos enjambres tendríamos la seguridad de conseguir una buena cosecha; pues lo que no hicieran mil abejas en una salida, lo haría una sola abeja en mil salidas que pudiera efectuar en muchos días, y lo que pudiera conseguir una abeja robusta con solo un viaje, lo conseguiría una débil con dos. Pero nó, que la miel es una sustancia accidental en las plantas, y en ellas se presenta de una manera muy transitoria; siendo por ésto preciso para obtenerla aprovechar, mediante un crecido número de abejas, los instantes críticos y fugaces de su existencia. Terminada ésta, y pasados aquéllos, inútil sería discurrir medios para recobrar lo que se habría dejado perder; pues el único recurso es evitar la pérdida, teniendo siempre preparados á nuestra disposición los agentes precisos para

hacer frente á todos los accidentes del tiempo; ejércitos numerosos y aguerridos, que en las épocas de campaña se coronen de gloria con sus triunfos, y se carguen con rico botín para la patria; y cuando suene la hora de la paz y el descanso, empleen sus ocios en ejercicios útiles, dispuestos siempre á emprender nuevas campañas; en una palabra, colonias fuertes y vigorosas en gran número, que en años abundantes en miel recojan, sin grande esfuerzo, una buena cantidad; en años escasos obtengan con mayor fatiga la suficiente para no dejar defraudados nuestros justos deseos, y en unos y otros contribuyan con su incensante actividad á la mayor fecundidad de las plantas.

Esto es lo que aconseja la razón para que resulte útil como promete serlo la apicultura, que, gracias al estudio y observación de talentos privilegiados, que han comprendido su grande importancia y su incalculable utilidad, ha llegado á ser una verdadera ciencia, con sus principios fijos y su conjunto de verdades: y al propio tiempo una de las artes más interesantes, y que ofrece grandes ventajas á nuestra amada patria, con el incremento que vá tomando desde que personas de posición, y respetables por su instrucción y buen criterio, se han propuesto ejercerla de una manera racional, para sacarla del estado rudimentario en que la han tenido cautiva hasta nuestros días, hombres agregados á la rutina, y por sistema refractarios á los progresos de que era susceptible.

Bien poco vale cuanto dejamos consignado, pues no pasa de ser una insignificante parte de las muchísimas reflexiones á que se prestan las abejas, y que cualquiera puede hacerse á sí mismo y hacer á los demás con mejor estilo y forma que nosotros lo hacemos. Sin embargo, nuestro deseo de que la apicultura se propague y perfeccione entre nosotros, necesitaba alguna expansión, y por dársela, si quiera sea á costa de la paciencia agena, hemos escrito lo que antecede en forma de recomendación de las abejas y

su cultivo, ya que en tono magistral no cabe en nosotros, que conocemos nuestra carencia de dotes para enseñar; y dejando para otros esa importante tarea, nos permitiremos tan solo consignar algunas ideas generales acerca de la apicultura y sus diversos sistemas, por si pudieran servir para rectificar conceptos, desvanecer prevenciones infundadas y crearlas simpatías, llevando al ánimo de algunos el convencimiento de su importancia y utilidad.



Ideas generales acerca de la «Apicultura»

La apicultura, rama interesantísima de la agricultura, se halla como atrofiada en España, sobre todo en sus provincias del Noroeste: porque en ellas es considerada como infecunda, siendo así que, en realidad, lleva en sí misma la savia más que suficiente para dar frutos abundantísimos. Por tan injusta preocupación la vemos despreciada, abandonada, casi seca, y muchos la destinarían al fuego, sin tener en cuenta que en ella no reside la causa de su actual esteridad, sinó en que no se la cultiva tanto como merece, ni en la forma conveniente, desconociéndose por la generalidad las más óbias ideas acerca de lo que es y de lo que exige la apicultura por parte del apicultor.

La apicultura, ó sea, el cultivo de las abejas, se funda en el poder que el hombre ha recibido del Supremo Hacedor, para dominar y hacerse servir de tan laboriosos insectos, convirtiéndoles en agentes de su propio bienestar. El objeto pues, el fin de la apicultura no puede ser otro que el de obtener de dichos agentes la mayor suma posible de servicios y utilidad, por los medios más seguros y eficaces para llegar al fin. Y como quiera que la elección de los medios sea obra de la inteligencia, que nunca se determina ni mueve sin razón ó motivo suficiente, claro está que, antes de elegir aquéllos, necesita conocer cuanto dice rela-

ción á los medios mismos en orden al fin que se propone.

De donde se infiere que el apicultor debe, ante todo, conocer el principio eficiente de su utilidad, el agente productor, en una palabra, las abejas; su naturaleza para no contrariarla con sus procedimientos; sus instintos para dirigirles; sus costumbres para respetarlas; sus aptitudes para fomentarlas; sus necesidades para remediarlas; sus enfermedades para combatirlas, y los enemigos que las dañan, para destruirlos. La casa que habitan, el aire que respiran, el calor que las vivifica, el agua que las refrigera el alimento que las nutre, el cruzamiento de razas que las mejore y vigoriza, el lugar que las conviene; todo debe ser objeto de estudio, de observación y de reflexión para el apicultor, á fin de que, adquiriendo ideas claras acerca de todo ello establezca principios fijos, deduzca consecuencias acertadas, descubra los misterios que las abejas encierran en sí mismas y en sus obras, y teniendo en cuenta las leyes de la Naturaleza, la conexi3n que existe entre los diversos seres, que por ellas se rigen, y la relaci3n íntima entre las causas y sus efectos, pueda adoptar y emplear con acierto los recursos más eficaces para conseguir que las abejas trabajen y produzcan más y más.

Desde este punto de vista, la apicultura es una ciencia, reservada á muy pocos; y el apicultor que la posee es, en mayor ó menor escala, un verdadero sabio naturalista, que conoce los principios y verdades, que se refieren á ese género, el más admirable de los insectos, y á cuanto contribuir pueda á su reproducci3n, á su desarrollo, á su conservaci3n, á sus trabajos, á su utilidad y al método práctico y sencillo para explotarle en beneficio propio.

Pero al propio tiempo la apicultura es una de tantas artes, que el hombre ejerce, cuando se limita á poner en práctica las conclusiones obtenidas por la ciencia y el estudio; y el apicultor, en este sentido, es simplemente un ar-

tista que, aprovechándose del fruto de muchos estudios, y repetidas observaciones hechas por otros, adquiere el conocimiento de las verdades prácticas, de los procedimientos, que la ciencia halló más conducentes al fin útil que persigue y poniéndoles en ejecución, realiza este fin.

Todas las artes humanas son el producto de la ciencia, son su manifestación, y en todas ellas hallamos igualmente estos tres factores distintos: 1.º La inteligencia del hombre, que concibe las ideas, sorprende los secretos de la Naturaleza, y se apodera de las verdades, que antes ocultaba en sus repliegues. 2.º La voluntad que ordena y manda de acuerdo con la inteligencia, y 3.º las manos del hombre mismo, que, obedeciendo á su voluntad realizan sus órdenes encaminadas al éxito de sus empresas. El principal factor es, sin duda alguna la inteligencia, que, con su actividad, con su penetración y con sus esfuerzos, abre nuevos caminos con sus inventos, ó allana los ya descubiertos con importantes mejoras, ó al menos, los aprende y sigue después, sin gran trabajo, ni pena; porque los encuentra libres ya de todo obstáculo, y su labor queda reducida á ilustrar su voluntad en el mecanismo de sus diversos pasos por un camino ya trillado y suave.

Ninguna razón hay por lo tanto para recelarse nadie en abrazar el ejercicio de la apicultura, ante la dificultad de obtener tantos y tan intrincados conocimientos, como á ella se refieren; pues el apicultor no necesita tener todos los conocimientos científicos, que precedieron y fueron indispensables para asentar principios y deducir consecuencias, para establecer métodos y señalar reglas fijas adecuadas al ejercicio de la apicultura. Bástale conocer las conclusiones fundadas en la ciencia; adoptar el método ya establecido por hombres pensadores y reflexivos, y seguir las reglas que la experiencia y el estudio hallaron más conducentes al objeto; y con solo esto puede ser un apicultor excelente, quizá mucho más práctico que sus mismos

maestros, y obtener grandes resultados y no pocas utilidades de su profesión.

Este no obstante, conviene al apicultor, para no proceder á capricho ó por rutina, conocer los diversos sistemas de apicultura, á fin de que, comparando los unos con los otros, pueda adoptar con conocimiento de causa, y seguir con toda decisión aquél que, con mejores fundamentos, le prometa mayores y más seguros resultados.



Sistemas de apicultura

Dos son los sistemas, que se conocen en apicultura, y por cierto bien diversos, como sus mismos nombres indican, á saber: el antiguo ó fijista, y el moderno ó movilista. Y si se nos preguntase cuál de ellos ofrece mayores ventajas al apicultor, no nos atreveríamos á dar una respuesta categórica, y en lugar de darla, creeríamos más oportuno señalar las diferencias, que separan al uno del otro, á fin de que el apicultor elija y adopte el que merezca para él mayores simpatías.

Al efecto debemos tener en cuenta que, siendo la apicultura una ciencia, y á la vez un arte, nos será preciso considerar los dos sistemas con relación á estos dos conceptos, y deducir después las ventajas que en cada uno de estos conceptos, puedan obtenerse por dichos sistemas.

Examinémosles primero en orden á la ciencia y como medios de adquirir mayores conocimientos relativos al cultivo y explotación de las abejas.

Por el sistema antiguo ó fijista, el apicultor se encuentra incapacitado, casi por completo, para acercarse á sus abejas, porque encerrándolas en una vivienda inaccesible á sus miradas, estrecha para si mismo, el horizonte de sus observaciones y de sus estudios acerca de las abejas mismas, de sus trabajos y de sus necesidades, y por consiguiente, se vé en la imposibilidad, no ya de hacer grandes progresos en la ciencia apícola, sinó hasta de adquirir los conocimientos más indispensables para la conservación de sus colonias y explotación de sus productos. La colmena

es un libro de texto, mejor dicho, es una obra de consulta la más acabada y perfecta, cuyas páginas están llenas de admirables enseñanzas; pero como dichas páginas, que son los panales fijos y las abejas contenidas entre ellos no se pueden leer, por hallarse sobrepuestas las unas á las otras de una manera invariable, el apicultor queda privado de tales enseñanzas, y su situación tan comprometida, que pudiéramos muy bien compararla con la de un estudiante, á quien se dieran los libros de texto metidos en un estuche imposible de abrir, por lo que, cuando más le sería dable descubrir por alguna abertura y leer en la portada el título y los nombres de sus autores; con la de un viajero explorador que, en noche oscura, sin guía y sin camino, se encuentra abandonado, y hasta rechazado y perseguido por los habitantes de aquel mismo país, desconocido y accidentado en extremo, que se proponía explorar; y por no alargar esta digresión la comparemos por fin, á la de un triste monarca, cuyos derechos y magestad son desconocidos en sus propios dominios, y á quien sus rebeldes vasallos niegan homenaje y oponen tenaz resistencia, parapetados en fuertes trincheras, que ocultan á la vez los trabajos que se hacen allí por la independencia, y todos los medios, que el monarca pudiera emplar para rendirles y hacerlos sus humildes tributarios y fieles servidores.

En semejantes circunstancias ¿qué podrán hacer ese comprometido estudiante, ese abandonado viajero, ese triste monarca, en una palabra: ese comprometido, abandonado y triste apicultor fijista, por muy observador é inteligente que sea? ¿Qué podrá hacer para adquirir los conocimientos indispensables, y menos aun para el progreso de la ciencia en materia de apicultura?

Poco, muy poco: menos seguramente que un médico en orden á la medicina, si se viese privado del análisis de las diversas sustancias medicinales, que ha de propinar, y hasta del estudio de la anatomía sobre el cuerpo humano,

que es la fuente de donde brotan en gran parte los raudales de su ciencia.

Nada más vulgar entre los colmeneros fijistas y rutinarios, que las abejas no consienten jamás ser observadas en sus labores, refiriendo todos, como obedeciendo á una consigna; que se hicieron en el transcurso de los siglos muchas tentativas para sorprenderlas en sus trabajos por medio de un cristal, que permitiese mirar al interior de la colmena, y que todas las tentativas resultaron vanas; porque las abejas, embadurnando el cristal, dieron al traste con todo el ingenio del hombre. Con esta sola afirmación queda juzgado por sus mismos adeptos el sistema fijista, y demostrada su deficiencia para el progreso de la ciencia.

Otra muy distinta es la situación, en que el apicultor se coloca, adoptando el sistema movilista. Su colmena, compuesta de panales en cuadros sueltos y movibles á su voluntad, se presta á todo género de estudios acerca de las abejas en todas las fases de su vida, y á la observación de todas y cada una de sus obras. Tomando en sus manos uno por uno todos sus panales, puede el apicultor observar á la luz del sol todos los trabajos que en ellos se realizan, calcular y hasta contar los centenares de abejas que los ocupan; ver con sus propios ojos si entre ellos se encuentra la reina ó madre, tan indispensable para la conservación de la colonia; juzgar de su fecundidad por el número de huevos que deposita cada día; notar si, á falta ó infecundidad de la reina, existe alguna obrera fecunda de cuyos huevos solo nacerían machos, y sería inevitable la pérdida de la colonia. Puede ser testigo de las diversas transformaciones que sufre el insecto; medir con precisión el tiempo que transcurre en cada una de ellas, y el que pasó desde la postura del huevo hasta que, á través de aquellas transformaciones, y mediante una metamorfosis completa la abeja sale de su celda en estado perfecto. Puede contemplar sus primeras ocupaciones dentro de la colmena; más tarde verla

sallr al campo y tomar parte en los rudos trabajos de la recolección; puede por último, notar en ellas las señales de su próximo fin, acelerado por el exceso de las fatigas. En una palabra, la colmena movilista es para el apicultor una carta geográfica, más bien, un mapa completo de aquel mundo, que el apicultor fijista, solo por un agujero y envuelto en la oscuridad, puede mirar; mientras que el movilista, desplegándole con la mayor facilidad, le tiene á su vista en dos planisferios profusamente iluminados, que le permiten admirar todas sus maravillas; es, en fin, un libro cuyas hojas puede separar, y, una por una, recorrerlas todas á su voluntad; una obra acabadísima de enseñanza, en cuyas páginas puede leer, y, en la medida de su inteligencia y de su penetración, aprender las profundas lecciones que encierra, por cuanto en ella puede analizar minuciosamente todas y cada una de las partes que le convenga para instruirse en lo concerniente á la apicultura; y sabido es que el análisis es el camino más seguro para el progreso en todas las ciencias.

Convengamos, pues, en que el sistema movilista es el más racional y perfecto; el que ofrece mayores y más positivas ventajas en orden á la apicultura, considerada bajo el punto de vista de ser una ciencia; y pasemos á examinar de nuevo ambos sistemas, para poder apreciar sus respectivas ventajas con relación á la misma apicultura en cuanto es arte y pone en práctica los procedimientos más conducentes al fin útil, que el apicultor se propone conseguir.



Los sistemas considerados en el orden práctico

Vamos á tocar el punto más importante para la casi totalidad de los apicultores de hoy y los del porvenir; y en obsequio del interés general, debemos guardar la más estricta imparcialidad y no dejarnos dominar por preocupaciones sistemáticas; pudiendo suceder que el sistema movilista mismo, tan superior al fijista en el orden científico, nos recomiende la práctica de éste, como el mejor en orden á la explotación de las abejas.

No son raros los casos en que un sábio médico, después de molestar muchísimo al enfermo, haciéndole preguntas y más preguntas, inspeccionando todas y cada una de las partes del cuerpo, y sometiéndole al tormento de aparatos y de instrumentos para explorar su estado de salud, concluye por abandonar todo aparato, renunciar á toda impresión dolorosa y á molestar en nada al enfermo, limitándose á prescribir á los enfermeros, que le dejen cuidarse á su gusto y nada hágan por él, ya que le encuentra en un estado en que por sí mismo y arrastrado por los impulsos naturales, adoptará todos los medios, que reclama su salud, y viviendo según su modo de ser, conseguirá lo que, tal vez, no conseguiría observando el régimen más científico.

Pues bien: veamos en el médico al sistema movilista en el terreno de las investigaciones y de la ciencia; en el enfermo á las abejas formando su colonia y produciendo utilidad; y en los enfermeros á los apicultores, que la explotan; y confiemos en que el médico, aleccionado ya por la

experiencia, nos dirá con ingenuidad si en el asunto que nos ocupa adopta la resolución de dejar al enfermo que obre por sí solo, encargándole á enfermeros, que nada hagan por él, ó si por el contrario, prescribe que los enfermeros le dirijan y sujeten con energía al plan que les señala para curarle. En el primer caso, todo apicultor debería seguir el sistema fijista, esencialmente inactivo y expectante, contentándose con tener una sola colmena movilista, para hacer en ella las observaciones, que son siempre convenientes. En el supuesto del último, debería desaparecer por completo el sistema fijista y adoptar todos los apicultores el sistema movilista, tan útil y provechoso en la práctica, como lo ha sido y continúa siendo para la ciencia y el progrseo apícolas.

Entremos pues, tranquilos á considerar ambos sistemas en el orden de sus procedimientos, ya que ambos han contribuido á demostrar que el hombre puede sacar partido de las abejas, haciendo que produzcan más y consuman menos, resultando de aquí su mayor utilidad. Y como para llegar á este resultado es indispensable que el hombre ejerza su dominio sobre las abejas, dirija y estimule sus instintos productores, fomente su desarrollo, su vigor y actividad y las ponga á cubierto de los mil y mil accidentes á que se ven expuestas de continuo, veamos y juzguemos, sin pasión alguna, cual de los dos sistemas ofrece mayores ventajas en la aplicación de los medios para realizar lo que queda indicado.

El medio mas esencial y seguro para aumentar la producción es robustecer las colonias y hacerlas poderosas; pues sabido es que, cuanto más poderosa y robusta sea una colonia, más cantidad de miel acumulará, y menos proporcionalmente, consumirá; resultando de aquí un mayor ahorro y cantidad excedente á las necesidades de las abejas, y por consiguiente, transferible al apicultor. Para comprender este mayor acopio nos bastaría con-

siderar en general que, si cada abeja recolecta, un gramo más de miel de la que necesita para su consumo, una colonia de 15.000 abejas forrajeras rendiría al apicultor quince kilos; mientras que otra de 25.000 le rendiría veinte y cinco kilos, y otra de 50.000 cincuenta kilos. Pero no es este el cálculo que debemos hacer, sinó otro muy distinto y que evidencia la necesidad de robustecer las colonias. Debemos tener en cuenta que, si para tener 15.000 abejas forrajeras, es necesario que la colonia se componga de 30.000, para tener 25.000 la bastaría tal vez componerse de 40.000 porque cuanto más numerosa sea una colonia, menor es relativamente, el número de abejas que necesita para las labores interiores de la colmena, y mayor el de las que deja libres para salir al campo en busca de miel. Por otra parte, y para darnos cuenta del menor consumo proporcional, es suficiente saber que las abejas toman la miel, no solo para su nutrición, sinó para desarrollar el calor que necesitan sostener en la colmena; y por consiguiente, las colonias poderosas consumen menos, porque con su número alcanzan el grado de calor á que las débiles necesitan llegar á costa de mayor alimentación y gasto de las provisiones almacenadas.

Tenemos con esto demostrado que el primer cuidado del apicultor debe encaminarse á que sus colonias todas, sean fuertes y bien pobladas. Para conseguirlo, cuenta con los recursos que los adelantos modernos de la apicultura, le ofrece en la construcción de habitaciones espaciosas, cómodas y bien ventiladas, sin corrientes de aire frío, para las abejas; en suministrar á éstas, en tiempo oportuno y con regla, una alimentación estimulante, que las saque del reposo á que se acostumbran en el invierno; en un prudente y moderado ensanche del nido de cría; en la sustitución de las reinas viejas ó de inferior calidad por otras jóvenes y prolíficas con que puede dotar á todas sus colonias; en impedir la enjambrazón ó acelerarle, según convenga; en

la reunión de dos ó más colonias débiles para formar una poderosa, provista de reina fecunda; en combatir con éxito las enfermedades á que están sujetas las abejas; en suministrarlas panal artificial, que tanto trabajo y consumo de miel las ahorra, y por último en defendérlas contra los muchos enemigos que las inquietan y á veces las aniquilan.

Tantas y tan variadas operaciones con que el apicultor puede asegurar la conservación, y favorecer el desarrollo de sus colonias en provecho propio, solo cabe realizar, y con suma facilidad, en las colmenas movilizadas; y solo en éstas se puede conocer la necesidad ó conveniencia y la oportunidad de ejecutar aquéllas. Prescindiendo de lo difícil, sinó imposible, que es juzgar con acierto acerca del estado y necesidades de las colonias alojadas en colmenas con panales fijos, toda vez que éstas cierran todos los caminos para ver lo que en ellas pasa, y suponiendo que sería oportuno aplicarlas todos ó algunos de aquellos recursos: ¿quién no ve lo imposible de la ejecución? Lo haremos palpable citando casos y circunstancias diversas.



Los sistemas y las manipulaciones

El invierno es la época del año en que las abejas no hacen más que alimentarse con suma frugalidad y reposar. Una colonia que esté bien abrigada, que reúna las condiciones de solidez y salubridad convenientes, y reducida al menor espacio, que puedan necesitar los panales vacíos indispensables para la agrupación de las abejas, y otros tres ó cuatro más, completamente llenos de miel operculada, en cantidad de unos 12 kilos, es lo único que se requiere durante dicha época; y todo esto puede hallarse en las colmenas fijistas como en las movilistas. Pero á nadie se ocultará que en las primeras, solo con alguna probabilidad y con más ó menos acierto, se colocará á las abejas en tales condiciones; porque no pudiéndose ver el número de panales, que contienen, ni cuantos están vacíos y cuantos con miel, existe siempre el peligro de dejar más, en cuyo caso las abejas necesitarán, calentar mayor espacio, y para ello consumir más con perjuicio del ahorro; ó dejar menos, y quedarían privadas del alimento indispensable, para llegar á la primavera y dar principio á la cría. Estos inconvenientes no se hallan en las colmenas movilistas, porque en las colmenas movilistas todo puede realizarse con seguridad y con precisión matemática.

Pasemos más adelante, y abocados á la primavera, época en que las abejas han salido ya del letargo glacial, sacudido su inusitada, pero forzada pereza, y desplegado su actividad, veremos en lontananza un campo vastísimo de operaciones para el apicultor, encaminadas todas á

favorecer y ayudar á las abejas, á fin de que ellas estén en continúa disposición de servirle más.

Ante todo conviene saber el estado de las colonias, con el propósito de atender á sus necesidades, y estimular sus aptitudes; y para lograr aquel conocimiento previo, preciso es hacer una inspección minuciosa de todas, con la debida precaución para no enfriar, ni inquietar demasiado á las abejas, en un tiempo todavía desapacible, y tal vez crudo. Y ya tenemos aquí al apicultor movilista llevando á cabo, con la mayor facilidad, esa inspección; y al fijista cruzado de brazos, porque sus colmenas no le permiten hacerla, viéndose obligado á dejar sus colonias abandonadas á sí mismas, caiga lo que caiga y sálvese lo que pueda salvarse.

No obstante; éste, como aquél, van á hacer algo; van á ensanchar ó agrandar el espacio de sus respectivas colmenas, porque en todas deben las colonias extender el círculo de sus trabajos. Nuevo tropiezo para el apicultor fijista, toda vez que sus colmenas no pueden ser ensanchadas, sinó causando en ellas gran descenso en la temperatura, y produciendo un vacío, que las abejas solo pueden llenar en fuerza de trabajo y de consumo de miel, para construir los panales, que han de llenarlo, ya que los arrancados, cuando la castra, fueron destruidos y no pueden ser colocados de nuevo en la colmena. No sucede así con el sistema movilista. Siguiendo éste, el apicultor cuenta con colmenas elásticas, que se agrandan ó achican, según convenga á las abejas, sin que estas se aperciban apenas de ello y sin dejar vacío alguno, que disminuya sensiblemente la temperatura; porque todo el nuevo espacio quedará ocupado en el acto con panales perfectos, de los mismos que se retiraron para reducir la extensión al acercarse el invierno; lo cual dispensará á las abejas de construir otros nuevos, y las proporcionará á la vez gran cantidad de polen, que almacenaron en el año anterior, y que puede servirles para dar

principio á criar, sin esperar á que haya flores donde tomarlo para alimentar á sus larvas. Una de las grandes ventajas, que ofrece el sistema movilista, es la extracción de la miel sin destruir los panales, y poder colocarlos de nuevo cuantas veces se quiera, y como se crea conveniente; y esto no solo por lo útiles que son en sí mismos, sinó porque conservan intacto el polen depositado en ellos, como sobrante del año anterior, y que en la extracción por el sistema fijista se pierde por completo, contribuyendo á hacer de la miel una substancia difícil de definir y calificar.

Quede, pues, sentado que hasta ahora el sistema fijista solo ha permitido al apicultor causar el vacío en sus colmenas y dejar sus colonias entregadas á sus propios recursos para trabajar y vivir como puedan; mientras que el apicultor movilista, favorecido por su sistema, ha adquirido conocimiento perfecto del estado de sus colonias. ha visto sus necesidades, y contando con medios para satisfacerlas y ayudar á sus abejas, ha dado ya principio señalándolas tarea, al propio tiempo que las ha suministrado materiales y alimento para estimular su actividad.

Dejemos al apicultor fijista soñando de continuo con la sabrosa idea de los nuevos enjambres, que, como llovidos del cielo, espera recoger, haciéndose la ilusión de que cada colonia arrojará en su día tres, y tal vez cinco ó siete, único medio que él conoce para llegar de una á ciento; sin que se fije en que este precisamente es el camine seguro para quedar sin ninguna de ciento. Pongamos nuestra atención en el apicultor movilista; sigámosle día tras día: observemos sus manipulaciones con las abejas, y le veremos descubrir una en pos de otra y varias veces sus colmenas, examinar detenidamente sus colonias con la mayor facilidad y sin molestar apenas á las abejas; y en cada una de estas inspecciones hallar algo que hacer para asegurar su prosperidad.

Y en efecto; verá aquí, que una colmena se encuentra ocupada por colonia poco numerosa, y sin embargo trabaja y se afana, al parecer, tanto ó más que otras crecidas; y cuando el más experto apicultor fijista la juzgaría fuerte, al observar que salen muchas abejas al campo, el movilista, viendo con toda claridad que no tiene cría, (razón por la cual, no necesitando nodrizas, ni calentadoras, todas sus abejas salen al campo,) pasa revista general en ella, y con sus propios ojos vé que carece de reina. Esta colonia huérfana perecería sin remedio, y muy pronto, en poder del apicultor fijista, porque la dejaría en tan insostenible situación; pero el apicultor movilista la sostiene dotándola de una reina fecunda, ó si no la tiene, de una celda real madura, ó al menos de un panal con cría muy reciente de otra colonia, de donde saldrá, sin duda alguna, y á pocos días, la futura reina que, habiendo machos que la fecunden, ha de convertir en próspero aquel precario estado de horfandad.—Allí nota que otra se halla también débil, no obstante que tiene reina, y, observando que escasea el pólen y la miel, comprende la lentitud de su desarrollo, y sin perder tiempo, favoreciéndola con algunos panales de otras poderosas, que los tengan abundantes, bien cargados de miel, pólen y cría operculada, y suministrándola á la vez, con prudente largueza, alimento estimulante, logra en breve robustecerla hasta el punto de que no necesitará en adelante de auxilio alguno para ser poderosa y remuneratoria.—En otras partes descubre algunas colonias dispuestas á enjambrar, que no lo verifican á causa del mal temporal, y como ya sabe que esto las inquieta y las tiene en continua agitación, perdiendo un tiempo precioso sin trabajar, inmediatamente saca de cada una de ellas un enjambre artificial y con solo esto responde cumplidamente al instinto de aquellas agitadas colonias, las descarga del peso de tanta población, las tranquiliza y las reduce á la labor.—Otras, por el contrario, sintiendo fiebre por enjambrar también,

tienen ya multitud de celdas reales de donde han de salir las reinas para sus futuros enjambres. Mas como, atendida la escasa fuerza de estas colonias, la enjambrazón sería para ellas funestísima, y los enjambres que dieran inútiles, el apicultor movilista la impide, destruyendo todas las celdas reales, ó utilizándolas en otras colonias, ó núcleos que las necesiten; y así asegura la existencia de las colonias que estaban destinadas á morir de fiebre puerperal, apenas hubieran dado á luz unos hijos no viables. ¡Y cuánto de esto acontece con el sistema fijista! Puede asegurarse que la fiebre de enjambrazar, y la pérdida de las reinas son las causas más influyentes en la muerte de las colonias en una escala tan sorprendente como cada año se observa, y de la desaparición de tantos y tan poblados colmenares antiguos, de que estaban sembrados nuestros pueblos agrícolas. Sucede con muchísima frecuencia que, por alguna de las varias causas, que contribuyen á ello, las reinas del enjambre nuevo se pierden, y las de las colonias viejas dejan de ser fecundas, sin haber podido ser reemplazadas, siguiéndose de aquí que todas estas colonias huérfanas se van debilitando por falta de cría, que sustituya á las abejas, que constantemente mueren; concluyendo por aniquilarse todas sin remedio alguno, en el sistema fijista; pues en el movilista cabe dotarlas de reina fecunda, ó reunir las con otras, que las tengan, y de esta suerte de cada dos, siquiera débiles, resultará una crecida, aprovechando así las abejas que habían de perderse.—Si tal vez algunas ó muchas colonias llegan á ser atacadas por cualquiera enfermedad, ó invadidas por la polilla, ú otros enemigos, ó sufren contratiempos inesperados, el apicultor movilista podrá siempre estar al tanto de cuanto ocurre, y cuenta con recursos para aplicar el conveniente remedio; en vez de que el fijista todo lo dejaría pasar inadvertido, y aun suponiendo que por conjeturas, ó por su mucha experiencia, lo conociese, tendría que desatenderlo en la imposibilidad de remediarlo.

Tales son algunas de las ventajas, que el sistema movi-
lista ofrece sobre el fijista al apicultor en lo que se refiere
á la conservación y desarrollo de las colonias, principal
fundamento para conseguir una producción mayor. ¿Y qué
decir de los elementos con que cuenta aquél para aumen-
tar más aún los productos sin aumentar el trabajo de las
abejas? ¿Y qué de los que se refieren á la pureza de la miel
y de la cera, que las dá mayor valor? El panal artificial,
que sólo puede emplearse con éxito en las colmenas movi-
listas, supone una economía considerable con el ahorro de
la miel, que necesitarían consumir las abejas, para producir
la cera, y esto aparte del tiempo y trabajo indispensable
para su confección. Y el extractor de la miel, dejando in-
tactos los panales, añade la economía de trabajo y tiempo
para la construcción de las celdas; y además, como ya que-
da dicho, el valor que representa el pólen conservado en
ellos, y, lo que no es despreciable, la pureza de la miel que
con él se obtiene, que es un beneficio, tal vez mayor; sin
contar con la mayor pureza, que resulta de emplear sec-
ciones con panalitos inaccesibles para la reina y para los
zánganos; y por consiguiente, preservados de la más ligera
impureza, porque en ellos no se deposita pólen, ni cría, ni
permanecen sobre ellos las abejas sinó lo más preciso hasta
llenarlos y opercularlos.

En éstos es donde siempre se encuentra realmente la
miel, que los apicultores fijistas y el vulgo encomian con
razón, denominándola miel virgen, porque la obtienen des-
tilada de panales nuevos, que no sirvieron para la cría. Por
lo demás, la miel que ellos obtienen ordinariamente pren-
sando los panales, ó cociéndolos al fuego con una no escasa
cantidad de agua y con todas las inmundicias que con-
tienen, más bien que miel pura de abejas, pudiéramos
llamar, puré de abejas, ó gelatina de panal.



Los métodos

Porque la materia se presta á ello, pudiéramos ocuparnos muy extensamente en hablar acerca de los diversos métodos, que se siguen en apicultura, todos ellos aceptables y de seguro resultado. Mas, siendo nuestro único intento despertar en los labradores la afición á las abejas y á su cultivo, para lo cual debe bastar el ligero bosquejo, que dejamos trazado de sus utilidades, nos abstendremos de entrar en pormenores, y solo expondremos con meras indicaciones la diversidad de métodos, que tienen á su disposición, y entre los cuales pueden elegir el que crean convenirles más.

El método no es otra cosa que el conjunto de reglas á que debemos acomodar nuestros procedimientos para la consecución del fin que nos proponemos: es el camino, que debemos seguir para llegar con seguridad al punto que deseamos. Este es el punto de término, punto fijo y el mismo para todos, á saber, la utilidad que se persigue. Pero en todo camino existe otro punto importante, que es el de partida, y este puede variar cuantas sean varias las situaciones y circunstancias del caminante, variando por consiguiente, el camino que debe emprender.

Ahora bien; en apicultura, cuyo punto de término es la explotación y utilidad de las abejas, encontramos diversos caminos ó métodos, porque son diversos los puntos de partida para los apicultores, y distintas las circunstancias en que se hallan para hacer su jornada. Los que poseen grandes conocimientos apícolas, mucha práctica en sus

manipulaciones y tiempo para realizarlas, pueden adoptar y seguir un método más perfecto y complicado; mientras que los principiantes y los que se hallen imposibilitados de atender constantemente á sus abejas, deben adoptar el más sencillo y fácil entre los seguros y remuneratorios: pues, en apicultura como en las demás artes, se verifica aquéllo de que, cada maestrillo tiene su librillo.

Los métodos tienen por base las colmenas, y en su consecuencia hay tantos métodos, como modelos distintos de colmenas; siendo los principales en el sistema movilista: el método inglés ó Cowan; el método alemán ó Dzierzon; el norteamericano ó Dadant, y el francés ó Layens, que es el más generalmente adoptado en España.

El método inglés se sigue con el empleo de colmenas de corta capacidad y cuadros pequeños, más anchos que altos, y necesita de alzas á medida que las colonias se desarrollan y aumentan su labor, razón por la cual exige suma vigilancia y un cuidado continuo para atender á su dirección.

La colmena Dadant, adoptada en los Estados-Unidos, se compone de un piso de cuadros grandes y alza con cuadros mitad de altos; unos y otros se sacan por arriba, y por lo tanto no son de difícil manejo; pero exigen bastante práctica para hacerlo bien y sobre todo, oportunidad para colocar el alza; y por tanto, el método, que dicha colmena exige no carece de dificultades.

Más difícil es manejar con acierto la colmena Dzierzon, parecida á la anterior y cuya diferencia está en que sus marcos se sacan por detrás y es preciso sacarlos todos, cuando conviene inspeccionar los que están delante, dificultad que aumenta cuando tiene puesta el alza; y por consiguiente el apicultor, que sigue este método de explotación, necesita conocer la oportunidad de las manipulaciones, como en la Dadant, y además una mayor práctica y soltura para ejecutarlas sin grande perjuicio de las abejas.

La colmena Layens con espacio suficiente para contener de veinte á veinticuatro cuadros de cuarenta centímetros de alto por veintiseis de ancho, colocados en una sola hilera y que se sacarán por arriba, es la que se presta mejor para ser dirigida con suma facilidad por un método sencillo, que Mr. de Layens logró simplificar hasta lo inconcebible, sin que por ésto deje de ser tan seguro como el más complicado para conseguir buenos resultados. Este método está al alcance de todos; la colmena que recomienda responde cumplidamente á los instintos, aptitudes y necesidades de las abejas, y coloca al apicultor, siquiera sea un principiante, en situación desembarazada y le abre camino para perfeccionarse sin gran trabajo en el ejercicio de la apicultura.

No nos hemos propuesto enseñar, ni contamos con dotes, ni conocimientos para ello, y nos limitamos á estas simples indicaciones, que pueden servir de estímulo á muchos para inclinarse á la apicultura, sobre la cual existen y pueden hallar obras acabadísimas que les instruyan en cuanto necesitan saber; tratados excelentes y completos, entre los cuales ocupa un lugar preferente el que con toda lucidez ha dejado escrito el ilustrado apicultor francés Mr. Georges de Layens; tratado que, traducido al castellano con la mayor exactitud y dicción correcta por don Enrique de Mercader-Belloch, derrama luz abundantísima é instruye sin dejar nada que desear, tanto en la teoría, como en lo que se refiere á la práctica.



Nuestros ecos postreros

Creemos haber expuesto con ingenuidad nuestras convicciones respecto á la utilidad de las abejas por sus productos directos, y más aún, por su potente y beneficiosa influencia en la fecundación de las plantas: y como consecuencia de todo esto, la importancia que la apicultura tiene para los agricultores en todos los ramos de la producción vegetal.

Ahora solo nos resta consignar aquí que ninguna aspiración abrigamos en el sentido de que nuestras indicaciones hayan de ser bien acogidas, ni menos aceptadas para llevarlas á la práctica; pero deseamos que sean tomadas en consideración por los labradores todos y las mediten y reflexionen con relación á sus propios intereses, y después tomen la resolución que juzguen conveniente.

Pudiéramos habernos extendido indefinidamente en las pruebas y testimonios, que confirman cuanto dejamos consignado; más no hemos querido insistir sobre ello por no hacernos demasiado molestos. Y si hemos añadido algunas digresiones para emitir ligeras nociones generales de apicultura y sus diversos sistemas, ha sido únicamente porque así nos franqueábamos la puerta para entrar en todas y cada una de las casas de los labradores, preguntando á los que consideran inútiles y despreciables las abejas. ¿Las habeis cultivado ó visto cultivar conforme al plan, que solo á vuela pluma, y muy por alto, os he dejado entrever, y seguís el sistema y método, que recomienda la apicultura?

¿No? Pues entonces no teneis derecho, ni razón alguna para considerarlas indignas de vuestras atenciones; y si las mirais con desdén, es porque las desconoceis y desconoceis los beneficios que os reportan, sin pedirnos siquiera permiso; ni tampoco gratitud.

Por nuestra parte, estamos persuadidos de que á ellas debemos la poca, pero sabrosísima fruta de nuestro reducidísimo huerto, en el cual tenemos instaladas algunas colmenas. De otra suerte no comprendemos que un terreno, el más árido de todo el término municipal de Monzón de Campos, el más ingrato é indomable, razón por la cual los labradores le llaman «pierde huebras,» esté produciendo frutas, que pueden competir en delicadeza, sabrosidad y desarrollo, con las que se obtienen en tierras de primera calidad. Y no se vaya á creer que ésto sea efecto de un cultivo esmerado; pues no recibe otro, que una lijera cava anual, fuera de sazón, cuando podemos hallar algún obreiro desocupado; ni tampoco puede atribuirse al beneficio de los abonos; porque los muy escasos que se han empleado en él eran de ínfima calidad, cenizas y otras cosas parecidas, que son los únicos que se venden, y alguna vez hallamos ocasión de comprar.

En la Exposición Agrícola Castellana de Valladolid (Septiembre de 1897,) presentamos algunos ejemplares de sus frutas, como testimonios elocuentes de la influencia que en sus engendros ejercieron las abejas; y podemos decir con satisfacción, que llenaron nuestro objeto, toda vez que, habiéndose nutrido en tan desfavorable suelo, obtuvieron sin embargo el premio de un Diploma de primera clase, recompensa que no alcanzaron otras frutas que se presentaron, procedentes de terrenos superiores, bien abonados, y bien cultivados por hombres inteligentes, y más aptos que un pobre Párroco gastado ya por sesenta y tres años.

¿Más para qué cansaros? No valgan nuestras convic-

ciones; no creais nuestras palabras: consultad la historia antigua y moderna: interrogad á los sabios de todos países y tiempos, y ellos os dirán el concepto en que tuvieron á las abejas.—Preguntad á los que en los Estados Unidos, emplean millones y millones de pesetas en colmenas y abejas, con que siembran todo su territorio: ¿por qué hacen tan crecidos desembolsos?—Preguntad al Czar de Rusia, que dictó la ley de exención del servicio de las armas en favor de los alumnos de las escuelas de apicultura: ¿por qué les concedió un privilegio, que ninguno goza en aquel Estado esencialmente militar?—Preguntad al Emperador de Austria: ¿por qué acepta la presidencia de la Academia de Apicultura, establecida á la sombra y bajo la protección de su mismo trono?—Preguntad al rey de los Belgas, ¿por qué legisla en favor de los apicultores, imponiendo condiciones á las compañías de ferrocarriles para facilitar el transporte de las mercancías apícolas; y ¿por qué subvenciona profesores, que enseñen gratuitamente la apicultura en los pueblos rurales?—Preguntad ¿por qué su estudio es obligatorio en los Seminarios de Alemania, y en las escuelas públicas de Francia?

Recorred las diversas naciones europeas; visitad las brillantes exposiciones de Apicultura, que en unas ú otras alternativamente tienen lugar de continuo, y preguntad: ¿por qué tanto movimiento, tanto entusiasmo y tanto sacrificio? Preguntad, en fin, en todas partes y á todos, (menos á los gobernantes y gobernados de España); y si os contestan, que por ser inútiles las abejas y la Apicultura, decidles que ellos son unos simples, y que nosotros no tenemos razón en lo que afirmamos y recomendamos. Pero si, por el contrario, os responden que por considerarlas ventajosas y sobradamente productivas, rendíos, no á nuestro testimonio, que nada vale, sinó al incomensurable peso de aquéllos; aprobad y seguid los ejemplos que os ofrecen, y fomentad con ardor la Apicultura, seguros

de que nada perdereis, antes bien ganareis mucho con ello.

En cuanto á nosotros, os prometemos que, sea cual fuere la determinación que tomeis, continuaremos abrigando el más profundo convencimiento de que las abejas, bien dirigidas, ofrecen miel y cera en abundancia, concurren poderosamente á la fecundación de las plantas, y su cultivo sirve de recreativa y honesta distracción.



NOTA FINAL

¡Labradores todos y propietarios rurales! en vuestro poder teneis el arbol de la Agricultura, y podeis, si quereis, utilizar todas sus ramas. Una de ellas, muy productiva por cierto, es el cultivo de las abejas, que os ofrecen, bien lo sabeis, miel abundante para endulzar con ella vuestros sinsabores, y encabezar vuestros vinos, mejorándolos en gusto, calidad y duración; y además, sin que vosotros lo noteis, aumentan (ya os lo hemos dicho muchas veces y no nos cansaremos de repetirlo en todas partes), aumentan vuestras cosechas y perfeccionan vuestros frutos. Sois muy dueños de continuar en vuestra indolencia respecto de ese importante cultivo: pero reflexionad bien que cegais para vosotros una mina inagotable, que otros pueblos explotarán en daño vuestro, como vienen ya explotándola con resultados asombrosos. Cuesta menos, es cierto, cuesta menos privarse de un beneficio que conseguirle: pero valdría más disfrutarle; y si sentís fatiga en abrir, ó en allanar ese camino para la prosperidad de vuestros hijos, alentaos con la dulce idea de que vuestra posteridad os bendecirá por ello.

Os saluda

El Autor



APÉNDICE

Cuatro palabras al respetable Clero rural

Un fiasco y casi otro.—Lucerna sub modio

Poco tiene de extraño que un paso dado sin la debida premeditación, resulte infructuoso en orden al fin con que se dió. Y esto que sucede con harta frecuencia, me aconteció á mí con ocasión de haber presentado al Centro de Labradores de Valladolid, para la Exposición Agrícola Castellana, unas breves consideraciones acerca de las abejas, de sus productos directos, y de la beneficiosa influencia, que con sus trabajos ejercen en la fecundación de las plantas.

De mucho tiempo venía yo lamentando en silencio esa indiferencia con que se mira á tan admirables insectos, y habría permanecido en el mutismo, si una impresión demasiado fuerte no me hubiera obligado á salir de él.

Fué el 2 de Septiembre de 1897 por la tarde, cuando, leyendo el Programa Reglamento para dicha Exposición y fijándome en que para nada se contaba con la apicultura: ni las abejas, ni sus productos tenían cabida en ninguna de las secciones que aquél abrazaba, sentí herida mi susceptibilidad de apicultor á causa de semejante olvido y de tan injusta exclusión. Y no pudiendo explicármela, sinó por desconocimiento completo de la importancia, que aquélla

tiene para la agricultura, me ocurrió la idea de escribir algo, ya que mucho no podía en solos seis días que restaban hábiles; y, sin tiempo para reflexionar el paso que iba á dar, escribiendo á la ligera, y apresurándome á presentar lo escrito, realicé lo uno y lo otro, movido únicamente por el deseo de inclinar á los labradores de Castilla la Vieja al cultivo de las abejas, para sacar de ellas las incalculables ventajas y utilidades, que son susceptibles de rendir.

Figurábame yo entonces, que depositar mi corto escrito en la estantería de la Exposición, equivalía á hacerme oír por nutridas muchedumbres, que de todas partes acudirían á Valladolid en aquellos días de Féria, y por consiguiente aquél sería medio fácil y seguro para transmitir á los labradores de once provincias á la vez mis profundas convicciones acerca de un asunto que, en mi concepto, tanto les interesa.

Mas el tiempo vino á desvanecer mis ilusiones, y á evidenciar que puse mi antorcha debajo del celemín; pues aparte de que en la mañana en que se inauguró la Exposición fueron leídos ante el Sr. Obispo auxiliar, y escuchados con muestras de complacencia, algunos párrafos de dicho escrito, su destino se limitó después á dormir tranquilamente el sueño del olvido, desconocido de todos, como si allí no existiera. Resultado fué este que siempre era de esperar, teniendo en cuenta que el asunto no entraba en el plan de la Exposición, y tenía además contra sí poderosas influencias, que, acostumbradas á no ver más que utilidades de mucho bulto, no estaban en disposición de apreciar las invisibles, aunque importantes, vinculadas al cultivo de las abejas.

Más tarde, en 1898, presenté el mismo folleto á la Féria-Concurso-Agrícola de Barcelona, y si bien el Jurado se dignó concederme un «diploma de Mención Honorífica» ningún resultado práctico ha logrado obtener su conteni-

do, quedando tan desconocido como antes estaba para todos aquéllos á quienes pudiera ser útil tomar en consideración las ligeras indicaciones, que en él están consignadas sobre la utilidad de las abejas y la apicultura. La tenue luz de la antorcha solo pudo ser vista por los pocos que se acercaron á ella para examinarla; y así continúa escondida á los demás, sin que esto tenga nada de sorprendente.

Inmensuradamente y sin comparación más importante era la idea que sostenía Cristobal Colón, cuando viendo á través de los mares un camino ignorado y desconocido de todas las naciones civilizadas, por el cual se llegaría á ocultos mundos, y cuyo descubrimiento no podía realizar por sí solo, buscó en vano el apoyo de Portugal, y después el de Génova, su patria, sin otro resultado que el más completo desprecio de su ciencia y de su persona, debido á que, no alcanzando á comprender el lenguaje y las explicaciones científicas de aquel sabio y práctico navegante, su antorcha quedó escondida debajo del celemín, y fueron desechadas sus teorías, como puras ilusiones de un visionario, como extravagaciones de un loco. ¡Triste recurso de la ciega humanidad! No pudiendo percibir la luz que por todas partes le circunda, el hombre ciego cambia en su apreciación la esencia misma de las cosas, y confundiendo las ideas, llama luz á sus tinieblas y tinieblas á la luz de que se ve privado por defecto de su órgano de la visión. En semejante estado, el hombre, lejos de ser el límpido espejo dispuesto á recibir la luz de la verdad y proyectar sus rayos, viene á ser la espesa nube que intercepta su paso y priva á los demás de sus benéficas influencias. Entonces la verdad, sin dejar de ser verdad, y sin perder nada de su esencial resplandor, queda como aprisionada detrás de la nube y eclipsada por ella, inaccesible á las miradas de la humanidad; en una palabra, es la antoncha escondida debajo del celemín.

Lucerna super candelabrum

Los obstáculos con que tropezó Colón en su camino hácia el progreso, prueban de una manera evidente que la verdad se ve, con harta frecuencia, precisada á sostener una lucha sangrienta con el error que, parapetado tras de arraigadas preocupaciones, opone una resistencia tenaz á su paso, y retarda su difusión; pero al fin triunfa, porque no hay fuerza que la fuerza de la verdad no avasalle y haga rendir á su imperio.

En este convencimiento, y á pesar de los crueles desaires y contrariedades que anteriormente sufriera, el inmortal marino, seguro de la verdad y dotado de un temple de espíritu á toda prueba, no desiste de la empresa que concibiera, y lleno de fé en su idea, dirigiendo una mirada escrutadora hácia todos los puntos del globo, llega á descubrir en España una alma grande y generosa, que, siguiendo la inspiración de humildes, pero sabios religiosos (siempre la Religión al frente de lo bueno, útil {y beneficioso!} le prestaría el más decidido apoyo para llevar á feliz término su colosal proyecto.

Desde aquel momento Colón sintió reanimarse su espíritu, antes abatido por las frecuentes repulsas, y sin titubear un instante vino á España, y corrió á postrarse ante el trono de la magnánima y virtuosa D.^a Isabel la Católica

para colocar en tan elevado candelero la antorcha de la verdad que acariciaba en su mente, y depositar á sus piés, junto con sus respetos, un nuevo mundo, que sola ella era digna de gobernar, y de hecho gobernó gloriosamente, incorporándole á sus anchurosos dominios, y legándole en herencia á sus descendientes, como el más rico florón de su corona brillante, y cuya pérdida lamentamos hoy como la mayor ignominia de nuestra amada patria, como una burla sangrienta lanzada al entusiasmo del pueblo, como un vergonzoso mentís al indomable valor de nuestros soldados.

En aquel grandioso acontecimiento se vió cumplido con toda exactitud este aforismo latino: «Post nubila, Fœbus.» Tras de la nube, el sol. En pos de las tinieblas de ignorancia que en Portugal y en Génova, (si es que no también en Inglaterra y en Francia) empañaron el brillo de la idea que Colón se proponía desenvolver y propagar, el sol de la verdad, que entrañaba aquella idea, apareció refulgente en España, proyectando sus resplandores sobre todo el universo, que al calor vivificante de sus rayos, se encontró renovado con la mágica influencia, que desde entonces ejerció en todas partes el descubrimiento del nuevo mundo.

Semejante triunfo se ha visto acompañar siempre á cuantas empresas útiles se han propuesto á la humanidad, siquiera ésta se haya resistido por mas ó menos tiempo á aceptarlas, y á veces las haya hostilizado con todas sus fuerzas, tomándolas por errores perjudiciales á sus legítimos intereses. Y esto me anima y hace confiar en el triunfo de la idea que recomiendo, como confió Colón en el de la que él recomendaba. Pero, como él, debo yo también proponerla, no ya á los que tienen obstruido el paso á la luz que les mostraría las ventajas de la apicultura, sinó mas bien á los que posean una inteligencia ilustrada, que, penetrando su realidad y su utilidad, la aceptarán y contri-

buirán poderosamente á su difusión. Así mi antorcha, aunque débil, colocada sobre alto candelabro, alumbrará á todos cuantos habitan en la casa, esto es, á cuantos se hallan en contacto con su luz, y viendo con claridad los beneficios que ofrece industria tan acomodada á la vida en los pueblos agrícolas, se decidirán y dedicarán á ella con verdadero placer y hasta con entusiasmo.



Vos eritis candelabrum desiderabile et electum

La dificultad estaría en hallar un candelero tan indispensable. Mas para mí, esa dificultad habrá desaparecido, al menos por lo que hace á la Diócesis; puesto que mis amados compañeros en el sagrado ministerio, siempre dispuestos á secundar todo proyecto de utilidad para sus pueblos, bien penetrados, como están, de la misma idea, se prestarán gustosos á difundirla, siendo los primeros en practicarla, estimulando con su ejemplo á sus respectivos feligreses á realizarla también, y sirviéndoles de mentores en ese camino, que no es nuevo, pero está olvidado, y que puede proporcionarles algún bienestar con la miel y la cera, que gratuitamente pondrán en sus manos las abejas, sin perjudicar en nada los intereses de los demás, sinó aprovechando tan solo sustancias que se perderían inutilmente en los campos.

Claro es que aquí no se trata de un secreto para hacer poderosos á los indigentes, ni siquiera de un negocio que cambie la estrechez en gran desahogo, sinó de una ganancia muy modesta, pero fácil y segura, que apenas exige desembolsos, ni fatigas, ni más tiempo que el que ordinariamente se destinaría al ocio, y por consiguiente sería un tiempo perdido. ¿Y qué otra clase de empresas de interés material puede acometer ni recomendar un párroco, un sacerdote que pasa su vida entera en medio de privaciones, y rodeado de personas, cuyo patrimonio es el trabajo y la pobreza? Ninguna, ciertamente. El sabe los asombrosos adelantos que las ciencias experimentales han obtenido

para la explotación de la materia en utilidad del hombre. No desconoce los descubrimientos, que en este siglo han dado impulso admirable al desarrollo de la industria y de las artes. Pero sabe también que de esas utilidades en grande escala sólo participan los ricos, los potentados, los banqueros, los señores del dinero, esas divinidades sublunares que bullen y se agitan entre perfumes y banquetes, en suntuosos palacios, en magníficas y encantadoras moradas. Mientras, por el contrario el hombre trabajador, el obrero laborioso, multitud de jornaleros, la inmensa mayoría de sus amados feligreses, á pesar de las luces y progresos de nuestros días, se hallan expuestos al rigor de la intemperie, visten muy mal, y viven en lóbregas y humildes habitaciones, faltos de pan para sí y para sus hijos, envenenando insensiblemente su sangre, aniquilando con el trabajo sus fuerzas y acelerando su muerte para colmo de la desgracia de su familia.

En semejantes circunstancias, inútil sería que el párroco rural, para mejorar la situación de sus agobiados feligreses, intentase abrir un nuevo canal de Súz, tender una red de vías férreas, sembrar de buques los mares, ni otra empresa de las que exigen capitales fabulosos. La modesta y simpática golondrina solo puede cazar mosquitos, y con ellos se alimenta; en tanto que las águilas se alimentan de perdices y solo el alcotán puede sorprender á la paloma en su impetuoso vuelo. Tal es el orden establecido por la Divina Providencia, y ese mismo orden se necesita en la humanidad para sostener el equilibrio social, tan amagado hoy, porque no faltan apóstoles furibundos de la inmoralidad y de la anarquía, que halagan con palabras huecas y vacías de sentido los instintos y las pasiones de los hombres de trabajo, los seducen con falsas promesas de una felicidad irrealizable, basada en una igualdad utópica, les excitan los deseos y las necesidades supérfluas de una vida agitada y bulliciosa, y llamándoles desheredados porque

no figuran en las orgías y en las bacanales de los placeres sensibles, de los goces materiales, los precipitan en la senda de una emancipación insensata, funesta y tormentosa para aniquilar, si pudieran, la sociedad. Así es cómo los ateos y materialistas separan al hombre del sentimiento religioso, deprimen su espíritu y borran sus nobles aspiraciones, haciéndole egoísta y frío calculador para absorberlo todo en un individual interés.

Para contrarrestar esa funesta influencia, el sacerdote, verdadero amigo y padre del pueblo, no ignorando que nos hallamos en pleno progreso, pero progreso puramente material, que, concentrado en pocos, ha empobrecido á la clase media, y convertido en miserables y pordioseros á los que antes eran solo proletarios, solo puede y debe aspirar á aliviar á éstos, proponiéndoles empresas acomodadas á su situación, utilidades que puedan obtener no obstante su falta de recursos, ocupaciones honestas y compatibles con su profesión, que contribuyan á su bienestar material, al propio tiempo que les contenga dentro del orden social y moral.

Pues bien; la apicultura responde cumplidamente á estas miras y es la que mejor que ninguna otra merece ser recomendada á los pueblos agrícolas, y en particular á la clase obrera, como medio de obtener sin esfuerzo, y sin profanar los días festivos, mayor utilidad que la que pueden conseguir faltando en ellos á la Santa Misa, por trabajar en el campo durante la mañana, con la futil excusa de tener que ganar el pan para sus hijos.

Ante esta idea, el párroco no puede considerar impropio de su sagrado ministerio el aconsejar el ejercicio de la apicultura; puesto que en realidad no haría más que promover la observancia de los días festivos, quitando el pretexto de que muchos se valen para profanarles. Más si ésto no bastase á mis queridos compañeros para decidirse á proponer á otros tan modesta, como inocente ocupación,

yo confío en que me permitirán proponérsela á ellos mismos como la más compatible con el desempeño de su cargo; como un recreo el más recomendable á un sacerdote, no sólo por hallarse exento de rozamientos y peligros, sinó porque, lejos de enervar el espíritu, le da mayor tensión y vigoriza; como un medio honroso para evitar el déficit en el presupuesto doméstico, contrarrestando las contiúuas y siempre crecientes mermas que sufren su dotación y adventicio; como el recurso único para luchar y triunfar de la plaga del adulterio, que más perjudica á las Iglesias; y por último como una consideración y deferencia que reclama el compañerismo. Bajo estos diversos puntos de vista voy á ofrecer á vuestra consideración, respetables compañeros, la apicultura.



Su compatibilidad

No hay por qué negar que el cargo parroquial exige y merece una atención continua y un trabajo incesante para su fiel desempeño; y todo el tiempo sería corto para realizar cumplidamente una obra, que, cuanto más nos ocupa, más en su principio la encontramos, y cuanto más hayamos hecho, más hallamos por hacer. Basta decir que es obra del todo divina, y por consiguiente, superior á todas las fuerzas creadas; y su peso abrumaría á los mismos ángeles.

Sin embargo, la condescendencia divina, que tuvo á bien elegirnos para ser los continuadores de la Redención, no creyó necesario, ni conveniente siquiera, cambiar nuestra naturaleza, y por lo tanto somos hombres, como los demás, si bien asistidos con gracias especiales en orden á nuestra elevadísima misión, pero, al fin, nada más que hombres. Y como quiera que el hombre, por más que tenga un espíritu activo y pronto para el bien, lleva asimismo su carne enferma y perezosa; no puede dedicarse constantemente, y con la misma intensidad, á un mismo objeto, ni soportar una labor seria por largo tiempo, lo cual equivaldría á encerrar su espíritu dentro de un círculo de hierro, que torturase en gran manera su flexibilidad, y disminuyese sus energías. No menos que el cuerpo necesita cambiar frecuentemente de posición, necesita el espíritu cambiar los objetos en que ejercita su incesante actividad.

Es, pues, indudable que el sacerdote, el párroco no pueden, y por consiguiente no están obligados á ocupar todo el tiempo en obras, que se refieran directamente á su

sagrado ministerio; pueden disponer á su voluntad de alguna pequeña parte de aquél para emplearla en cualquier otro ejercicio, con tal que sea honesto y fácil de suspender y abandonar tan luego como lo exija el cargo parroquial.

Bajo este punto de vista el ejercicio de la apicultura es el más indicado para el sacerdote, porque no lleva consigo empeño alguno que le exponga á faltar, ni siquiera á retrasar el cumplimiento del deber; pues libre como está de respetos humanos; exento del apasionamiento que suelen inspirar otros recreos, y sin días, ni horas determinadas para atender á él, puede realizarse siempre en los ratos de puro ocio; siendo además un aliciente no pequeño para permanecer al pié de la parroquia, y en su consecuencia, observar el precepto de la residencia material, y estar en disposición de cumplir la residencia formal. Siendo, como en realidad son estas las condiciones que reúne el ejercicio de la apicultura por vía de recreo, nadie podrá poner en duda su compatibilidad con el cargo parroquial.



Recreo de utilidad espiritual

Además el ejercicio de la apicultura tiene otra cualidad, sobremanera recomendable á todo sacerdote, la de ser un verdadero recreo, pero recreo esencialmente espiritual, y libre de los rozamientos y peligros, que con frecuencia se encuentran en otras distracciones, aunque muy lícitas en sí mismas.

Supuesta la absoluta necesidad, que el hombre tiene de dar, á su cuerpo descanso, y á su espíritu una expansión, que puedan reparar en él las fuerzas gastadas por el trabajo, deber es de todos, y más aún del sacerdote, metodizar ambos elementos reparadores, dándoles la extensión y forma que dicte la razón recta.

Ahora bien; por lo que hace al descanso corporal, poco tenemos que discurrir, ni los sacerdotes, ni los seglares, para saber á qué atenernos á fin de procurarle una satisfacción cumplida, porque, siendo una necesidad material, la misma propensión natural nos impulsa y conduce á adoptar los medios de satisfacerla, y lo único que debemos evitar, sobre todo los sacerdotes, es el exceso, es el refinamiento, es en una palabra, que el descanso degenerere en voluptuosidad.

Punto más delicado, y difícil de resolver con acierto, es el que se refiere á la expansión del espíritu, igualmente necesaria que el descanso corporal. Debemos tener en cuenta que esa expansión sólo se consigue por medio del recreo, por medio del placer, por medio de sensaciones agradables, que cautivando dulcemente nuestro entendi-

miento, le descargan de la fatiga, y moviendo con eficacia nuestra voluntad, vigorizan su actividad. Mas como quiera que los placeres y recreos varían indefinidamente, siendo unos lícitos y otros ilícitos, de aquí la necesidad y la dificultad de la elección, debiendo por lo tanto nosotros emplear toda nuestra reflexión para adoptar, entre los lícitos, los más espirituales y honestos.

Entre estos, la apicultura se recomienda por sí misma á todo sacerdote, porque produce un placer puramente espiritual y honesto, por cuanto solo en la inteligencia tiene su asiento sin que refluya sobre los sentidos. Las abejas constituyen una de las más bellas páginas del libro de la Creación. Ante una colonia de abejas, el espíritu se eleva sin esfuerzo alguno hácia Dios por la contemplación de tantas maravillas como descubre en sus obras, y siente emociones tan puras, que le hacen olvidar sus inquietudes y zozobras, sus penas y amarguras, para gozar tranquilamente de un placer indefinible.

El sacerdote ama la Naturaleza y se complace en admirar sus bellezas. Sabe verlas, sabe descubrirlas allí donde los espíritus vulgares nada ven, nada hallan que llame su atención. La suave brisa que aspira en un paseo, el ténue vaporcillo que se eleva á su vista, la delicada flor de la pradera, el céfiro que susurra, el pajarillo que gorjea, una simple gota de rocío, la más mínima cosa de ese grande y maravilloso conjunto, que llamamos Naturaleza, conmueve y regocija su alma y le hace meditar.

Pero todo es pálido al lado del espectáculo arrobador, que al sacerdote apicultor ofrecen las abejas á quienes cobra afecto y ama, porque las debe los momentos más felices de su vida. ¡Con qué tranquilidad de ánimo pasa sus ratos de ocio cerca de sus colmenas! Deteniéndose ante cada una de ellas, y prestando oído atento, juzga por el número de ventiladoras en el exterior, y por la intensidad del zumbido en el interior, del estado de los trabajos y de

la fuerza numérica de sus colonias. El suave olor de cera fresca que se escapa, perfuma el aire que él respira con fruición. Su júbilo crece cuando observa la llegada de las abejas con las patas cargadas de polen de varios colores. Al verlas caer, como copos de nieve de oro, sobre la tabla de la piquera, y, aunque rendidas por la carga, entrar rápidamente, indiferentes á todo cuanto las rodea, él mismo se encuentra más alentado para llevar la pesada carga de su ministerio, é indiferente á todos los atractivos mundanales, su júbilo se encuentra libre de todo sentimiento egoísta, exento de toda idea menos recta. Observa, contempla, admira: está como sumergido en un ideal puro y sublime. ¡Qué emociones más suaves y deliciosas para un sacerdote!

¿Y qué sacerdote no necesita sentir las para dominar con ellas la tendencia de la época actual, que tan admirablemente describe el P. Ragey, sacerdote Marista, en su artículo «La Fiebre de las almas», dirigido al sacerdocio y publicado en la revista francesa «L' science Catholique», número correspondiente á Diciembre de 1898. En dicho artículo se leen (escribo copiando) estas palabras, dignas de muy grave meditación: «La agitación, la inquietud, la necesidad de variar, y la necesidad de acción, la fiebre, en una palabra, está en el aire. Penetra hasta en el santuario, como las influencias atmosféricas en los aposentos cerrados.

«Los jóvenes en el clero, como en lo demás, y del clero es de quien aquí tratamos, consideran á los viejos, nó de 1830, sinó de 1880, tal vez de 1890, como gente ya gastada, que ya pasó y que fué sobrepujada.

«Para el clero, el gran peligro de esta tendencia y de todas las que proceden del movimiento ensordecedor de que acabamos de hablar, es la disminución de la vida interior.» «Como se vé (dice el Dr. D. Emilio A. Villelga

»Rodríguez) el asunto es grave; el trabajo escrito por el
»P. Ragey, téngolo por labor muy meditada, de actualidad
»y de trascendencia: en él se determina la dolorosa manía
»de los actuales tiempos, •n punto á querer hacer todo;
»verdadera hidropesía de la acción, que mata la concen-
»tración del ánimo: verdadera «fiebre de las almas» que
»se derraman, perdiendo así toda su energía, toda su
»fuerza expansiva; especie de delirio que desnaturaliza el
»carácter de ciertas personas, cuya fisonomía moral debe
»ser el silencio y la concentración; esa fiebre es la muerte
»de lo que se llama vida interior, y este gran resorte, una
»vez perdido, el hombre no es más que una hoja seca, que
»rueda sacudida y arrastrada á merced de todos los
»vientos.»

Nunca podría yo decir tanto bueno para inclinar á mis amados compañeros á la apicultura, como recreo que no desparrama, antes por el contrario, reconcentra el espíritu, porque es un recreo esencialmente recogido. Por eso me he tomado la libertad de copiar lo que precede, tomándolo de la Revista Eclesiástica de Valladolid en su número correspondiente al 28 de Febrero de 1899, folio 152.



Recreo de utilidad material

Siquiera el obrero evangélico no aspire á otras satisfacciones que las espirituales, ni ambicione otros bienes que los eternos, tampoco debe despreciar los materiales, que lícitamente pueda obtener y disfrutar; porque realmente son dones de Aquél que dijo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura.» Estas palabras del Divino Salvador envuelven un precepto formal, que el sacerdote está obligado á cumplir á costa de todo sacrificio, en todo tiempo, y en todas las circunstancias, lo mismo en el trabajo que le agobia, como en el descanso que le refrigera y vigoriza. Pero envuelven también una promesa, la de remunerar al fiel observador del precepto con todos los bienes, que razonablemente puede apetecer para la vida presente.

Pues bien; ya que, como hemos visto, el sacerdote encuentra en el ejercicio de la apicultura, por vía de distracción y de recreo, un medio de dar gloria á Dios: y por consiguiente una utilidad espiritual bien positiva; veamos ahora cómo puede hallar á la vez utilidad material no despreciable.

En primer lugar tiene la gran ventaja de poder aprender de las abejas á sacar de nada alguna cosa; á ser, como ellas, laborioso, sobrio, económico. Y sabido está que estas cualidades constituyen el mejor capital, conducen al bienestar, y son la mayor garantía de la pobreza evangélica, y la única contra la pobreza material. Es verdad que esta utilidad, la mayor de todas, es producto del hombre mismo,

pero el apicultor encuentra siempre en la apicultura el incentivo y el impulso, y á ella debe una parte de su triunfo.

En segundo lugar, las abejas mismas ponen gratuitamente en manos de su propietario una utilidad mayor ó menor, según las circunstancias. Más no por pequeña dejará de ser real y efectiva. Son sus fieles servidoras, y, sin retribución alguna, recorren con afán los campos para recoger los desperdicios, que nadie aprovecha, ni alcanza á descubrir tal vez, y solo con ellos amontonan tesoros, que le ceden en gran parte. Y por más que no sea fácil calcular ésta, por ser tan diversa como la flora, la temperatura, las condiciones de la colmena, y otras muchas causas, que influyen para su aumento ó disminución, podemos, sin embargo, esperar lo suficiente para que un párroco, un sacerdote logre, con un número proporcionado de colonias bien instaladas y atendidas, contrarrestar los continuos quebrantos que sufren en su dotación y adventicio, y nivelar sus presupuestos económicos.

Por lo menos se puede asegurar que no hay capital alguno que, como el empleado en abejas, produzca un interés tan crecido sin lastimar en lo más mínimo los derechos de la justicia, antes bien, siendo beneficioso á los demás. Una colmena poblada supone un gasto de diez á doce pesetas, y puede dar en países melíferos veinte y cinco ó treinta kilos de miel, (y hasta mucho más), y medio de cera, próximamente veinte y ocho pesetas anuales. Y por más que nosotros, hallándonos en una región menos favorable para las abejas, no podamos echarnos cuentas tan galanas, ni esperar más de seis kilos de miel y un cuarto de kilo de cera, aún así resultará una utilidad de cuarenta por ciento. Rebájese, si se quiere, la mitad y todavía tendremos un veinte por ciento, tipo que haría del usurero prestamista un ser aborrecible en la vida, y después el más negro tizón del infierno.

Como testimonio irrecusable de mis indicaciones, me

permitiré copiar aquí algunos párrafos de una carta que poseo de D. Juan León Giménez, párroco de Botija (Cáceres), y entendido apicultor fijista. Escribe así: «.....La ganancia de mis colmenas (corchos) es como sigue:

»Cada una en el mes de Febrero, me suele quedar un real por término medio, y si saco yo la cera en panes, me queda dos ó dos y medio.

»En los meses de Abril y Mayo suelo sacar á cada una un enjambre, aunque algunas no le dan, y este enjambre va á llenar el número de la madre.

»A los 21 días que es cuando se ha desarrollado ya el pollo de la abeja, y si ha sido buena melazón, porque si no ha sido buena melazón, aguardo á los 25 días y hasta á los 30 días, repaso la madre, y si viene bueno el tiempo, prende, y son dos colmenas, el enjambre y el repaso.

»La madre me da cera en borrar seis libras, una con otra á dos reales la libra, son doce reales, y si la saco yo en pan me da tres libras á seis reales, son diez y ocho reales con los dos anteriores son 20 reales.

»No quiero poner más que los cinco kilos de miel que por término medio V. señala, aunque yo saco, muchas veces, más de 25 libras de miel por colmena, pero vayan los cinco kilos, ó solamente 10 libras, á real son 10 reales, junto con los 20 anteriores son 30 reales.

»Del agua de lavar la cera hacemos nosotros el arropé ó agua de miel, la echamos calabaza en trocitos y con estos regojos de calabaza suele salir cada colmena con más de 10 libras de arropé, que se vende mejor y más pronto que la miel, pero vaya nada más que á real la libra, son 10 reales, junto con los 30 anteriores son 40 reales.

»A mí me cuesta una colmena de 20 á 22 reales.

»De cuenta de V. queda el averiguar la diferencia.

»Esto sin tener en cuenta los muchísimos repases que prenden y de una colmena tengo dos, y 40 reales más de ganancia.»

Con razón, pues, decían los vecinos de Torre Esgueva en otro tiempo: «Paséate cura de Torre que buena renta te corre.» Y era, porque existe allí un colmenar, denominado de San Antonio, hoy en manos profanas, que pertenecía al curato, y constaba de unas cien colmenas. Con que ¡ánimos y decidirse, carísimos compañeros! Sin descuidar el cumplimiento de nuestros sacratísimos deberes y sólo por vía de recreo, el más libre de rozamientos y disgustos, sentemos plaza de apicultores, procuremos tener un colmenar bien poblado y atendido, y entonces, no sólo podremos pasear, revistando nuestras colmenas, sinó también echar á paseo á otra parte á todos cuantos contribuyen á mermar nuestros justos derechos.



Remedio eficaz contra el adulterio

Existe además otra razón, muy poderosa, para que los párrocos nos consideremos como obligados á ser apicultores y á promover la apicultura en los pueblos; y es la necesidad de combatir y acabar para siempre con el infame adulterio, que tanto daño hace á las parroquias.

¡El adulterio! ¿Quién no se alarma con solo oír pronunciar su nombre? ¡Es tan detestable! Y sin embargo, se ha generalizado tanto, que no se hallará un párroco, que no caiga, cuando menos lo piense, en sus lazos.

Hablo del adulterio comercial, de esa mezcla escandalosa, que hoy se hace de todo, en todo y para todo, resultando compuestos tan indefinibles, que son todas las cosas, menos la que se desea y se pretende comprar. Así es, como en lugar de la cera pura de abejas, prescrita por las sagradas rúbricas para el culto divino, nos vemos precisados á tomar cualquiera cosa que se la parece en algo, y en realidad tiene poco de tal.

La Iglesia quiere que todo cuanto se refiere al altar sea puro en su género y que proceda de origen puro. Por eso adopta para las luces la cera de abejas, y el aceite de olivas, productos esencialmente vegetales, y rechaza las grasas de los animales y los aceites minerales.

De aquí nace nuestro ineludible deber de observar esa prescripción y evitar que otros falten á ellas con miras ambiciosas. Y para conseguirlo, seamos apicultores, estimulemos á los fieles de mayor confianza á serlo también, y no cejemos hasta lograr que, en cada pueblo, haya abun-

dantes colonias de abejas, para recoger la cera que produce á sobrar, y se pierde después en los campos por falta de tan útiles insectos, los únicos aptos para dicha labor.

Con esto y procurando tener en cada Diócesis una cerería propia, ó al menos de entera confianza, la cual se surtiera sola y exclusivamente con la cera obtenida en los pueblos, y recogida por los mismos párrocos, tendríamos un medio el más sencillo y tal vez, el único para acabar con ese tráfico irritante y escandaloso, que hoy se hace de cera adulterada.

El proyecto sería hoy irrealizable, porque faltan los elementos más indispensables, cuales son la cera y las abejas, que aseguren su producción en cantidad suficiente; pero tan luego, y sería pronto, como, con la instalación de colmenas, pudiéran conseguirse aquéllas, todo estaba reducido á contar con una persona inteligente en la materia y de conciencia ajustada, que bajo la inmediata inspección del Prelado, se encargase de elaborar por su propia cuenta, ó con sueldo fijo, la cera en toda su pureza, y suministrar con ella la que necesitasen todas las fábricas del Obispado, las cuales con su consumo aproximado de quinientas arrobas podrían ocurrir á todos los gastos de elaboración, sin salir perjudicadas en el precio, y saliendo gananciosas en la calidad.



Llamada con clarín

Por si no bastase la llamada, que vengo haciéndoos, amados compañeros; habiéndome valido de varios toques de corneta, voy á dirigiros la última, valiéndome del clarín por ser un sonido más penetrante y conmovedor; queriendo decir con esto, que voy á pulsar las dos fibras más delicadas de vuestro corazón, cuales son, el sentimiento del amor propio y el sentimiento de compañerismo.

Tal vez, temiendo un aguijón, que aunque doloroso, no es funesto, como lo es el otro, os alejáis con recelo de las abejas. Si así fuese yo os diría: «Nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam.» Quizás, considerando la apicultura por su lado menos interesante; como un arte puramente mecánico, como una labor de braceros rutinarios, impropia de un hombre ilustrado, y más aún de un sacerdote espiritual, creíais hallaros solos, ponerlos en evidencia ante la sociedad y rebajar vuestra dignidad sacerdotal, si abrazáis su práctica.

Muy razonable sería vuestro modo de pensar, cuando la apicultura no tuviese más dilatados horizontes, que el estrecho en que la consideráis. Pero deja de serlo, si se tiene en cuenta que la apicultura lleva en sí misma, como concepto esencial, la idea de ser una verdadera ciencia, cuyos principios solo talentos eminentes llegaron á descubrir, después de largos estudios y repetidas observaciones; así como también las deducciones de esos principios han

sido el fruto de inteligencias privilegiadas, y sus aplicaciones continúan siendo labor de hombres estudiosos é ilustrados.

El bracero sin instrucción, que poseyendo cierto número de colmenas pobladas de abejas, se limita á apoderarse, como acierta de su miel y su cera, y á recoger sus nuevos enjambres cuando les dan, sin hacer nada por la conservación y prosperidad de aquéllas, porque desconoce sus necesidades y los medios de satisfacerlas, es un mero propietario, no un apicultor. No: apicultor es solo aquél que cultiva las abejas, que las ayuda y dirige de mil maneras, para asegurar, y, en lo posible, aumentar su producción; obrando en todo con conocimiento de causa y discernimiento. La apicultura, en una palabra, es esencialmente racional y necesita que la inteligencia presida todos sus actos.

Y como por otra parte tiene de suyo un no se qué de dulce, que deleita las almas, y de meditativa, que las eleva á la contemplación y reconocimiento de los atributos de Dios, lejos de ser impropia del sacerdote, se acomoda perfectamente á su sagrado carácter; y sin amenguar en nada el prestigio de su dignidad, es, por el contrario, un nuevo título, que le recomienda á las consideraciones de la sociedad. Esa sociedad, que en tiempos de más fé, se complacía en dar á los sacerdotes las mayores y más sinceras muestras de aprecio y consideración, aun en medio de los esparcimientos, que se permitían tener con los seglares, ha cambiado por desgracia en estos tiempos; y por más que afecte consideración y respeto al clero, y hasta se muestre ávida de su presencia, y solicite su trato íntimo, y le ofrezca el primer lugar en sus recreos y pasatiempos; esa misma sociedad, hoy tan descreída como superficial y voluble, cuando el sacerdote accede á sus ofrecimientos y toma parte en sus aficiones, por delante aplaude; pero se ríe de él, y le censura por detrás; mientras que para el sacerdote algúntanto retraído, que, buscando en las abejas sus espar-

cimientos, conserva toda su independencia libre de las exigencias sociales, ya que no tenga aplausos, tendrá siquiera respetos y consideraciones. No hay, pues, por qué temer las censuras de la sociedad, ni que nuestra dignidad se rebaje con el ejercicio de la apicultura; siendo, como es, uno de los recreos en que más resplandece el espíritu sacerdotal, y una de las artes más inseparables de la ciencia.

Por ambos conceptos la apicultura ha merecido en todos los tiempos, las simpatías del sacerdocio, y de él ha recibido el primer impulso hácia su mayor progreso por el sistema movilista, inventado por un sacerdote católico en Europa, y á la vez por un ministro protestante en los Estados Unidos. Uno y otro, Juan Dzierzou en Alemania, párroco de Silesia, y Mr. Lorenzo Lorain Laugstroht, pastor protestante de Amberes, Massachusetts, se disputan la invención de los panales movibles, que tan dilatado campo abrieron al cultivo de las abejas, facilitando su estudio, y proporcionando los medios de aumentar sus productos. En su consecuencia, bien puede decirse que la apicultura ha sido prohijada y protegida por el sacerdote, y que á él debe su estado floreciente.

Verdad es que, si solo fijais vuestra vista en España, (aunque no faltan en ella sacerdotes y comunidades religiosas que destinan sus ratos de ocio á la apicultura,) no descubrireis fácilmente la razón de mi aserto; pero la hallareis, seguramente, con solo extender vuestra mirada al otro lado de los Pirineos, porque en esa nación vecina la mayor parte de los párrocos rurales son apicultores, y muchos de ellos marchan al frente del movimiento apícola; y presiden sociedades numerosas, y publican periódicos y revistas, y escriben folletos, y obtienen los primeros premios en los frecuentes congresos y exposiciones regionales, que allí se celebran, y figuran en primera línea entre los internacionales, como es de esperar que figuren en el de París, anunciado para el corriente año de 1900. ¡Ah! Si en

París visitáseis los días 10, 11 y 12 del próximo Septiembre las numerosísimas y deslumbradoras instalaciones de apicultores, y escucháseis las conferencias que allí se darán de apicultura, yo os aseguro que había de sorprenderos agradablemente la magnificencia de aquéllas y la importancia de éstas. Y al ver con vuestros ojos que el alma de unas y otras es el clero parroquial, no dudo que volveríais dulcemente impresionados, y eficazmente resueltos á ser apicultores, como lo son la mayoría de nuestros hermanos en Francia, para encontrar, como ellos, las más puras delicias en las abejas, y en el estudio de sus instintos, de sus costumbres, de sus productos y de sus necesidades.

Acerca de todo esto han escrito admirablemente J. B. Voirnot, párroco de Villers-sous-Preney, «Revista Eclesiástica de apicultura», escrita principalmente para el clero y redactada por los párrocos Metais, director, Voirnot, ya citado, Abrard, Delaigues, Weylaud, Morteau, Leriche, Gombes, Pincot, Dubois, Drappier, Lemes, Broemar y otros; el abate Braffert, párroco de Lucinay, el abate Boyer, fundador y presidente de la sociedad «La Abeja Borgoñona»; el abate Coltel y abate Martín; el abbaye de la Trappe Ste. Marie du Desert; el abate Remy Le Mée, misionero apostólico y director del periódico apícola «La Abeja de Merillae» y muchísimos más, ya movelistas, ya fijistas que sería prolijo enumerar.

Por no hacerme excesivamente pesado y enojoso, terminaré ofreciendo á vuestra consideración algunos de los asuntos propuestos para ser tratados de palabra ó por escrito en el segundo congreso internacional de apicultura, que ha de tener lugar en la capital y en los días ya citados, y la sola enunciación de aquéllos hablará más alto á vuestra penetración, que todas mis palabras.

Copia del Programa.—*Primera sección.*—*Apicultura propiamente dicha.*

Ventajas que la apicultura debe obtener del cultivo de

las abejas.—Fecundación de las flores por las abejas.—Investigación de los medios propios para favorecer la venta y consumo de los productos directos é indirectos de las colmenas.—Influencia del suelo, del clima, de la cultura sobre la producción del nectar en las flores.—Medios apropiados para llenar las lagunas de la vegetación natural, en una comarca dada, desde el punto de vista melífero.—Cría de las abejas para la selección y venta de los enjambres.—Cultivo de las abejas para la venta de los productos.—Investigaciones sobre la enjambración.—Ventajas é inconvenientes de la alimentación de las abejas.—Medios que han de proporcionarse para hacer del hidromiel una industria rural.—Estudios de los fermentos.

Sección segunda.—Anatomía y fisiología de las abejas.—Secreción de la cera.—Influencia de la longitud de la lengua de las abejas en la cosecha de la miel.—Partenogénesis.—Misión de los zánganos en la colmena.

Sección tercera.—Tecnología apícola.—La colmena y los cuadros desde el punto de vista internacional.—Ventajas é inconvenientes del gran cuadro, del pequeño cuadro.—Estudio comparativo de las diferentes colmenas.—Colmenas á exposición caliente, á exposición fría; ¿cuáles son más recomendables?—Observaciones sobre la invernada; influencia de la aireación.

Sección cuarta.—Enseñanza apícola.—Enseñanza de la apicultura por los profesores de agricultura, por los maestros de instrucción primaria.—Investigación de los medios que han de emplearse para vulgarizar la apicultura y sacar de ella partido con objeto de mejorar la suerte del obrero y del pequeño cultivador.—Publicaciones apícolas.

Sección quinta.—Enfermedades de la abeja.—Parasitismo.—La loque: Sus perjuicios; medios de conocerla; medios de oponerse á su introducción en el colmenar; medios de combatirla.—Polilla.—Medios de prevenirla; su destrucción.—Mes de Mayo.—¿Existe en todas partes? Medios de

conocerlo; ¿cuáles son sus causas? Medios de combatirlo.—Discutirse.—Medios preservativos; curativos.—Parásitos de las abejas. Su descripción; sus perjuicios; medios de destruirlos.

Sección Sexta.—Jurisprudencia apícola.—Reglamentación.—Legislación reglamentando el establecimiento de los colmenares en los diferentes países.—Legislación relativa á la falsificación de las mieles, de las ceras y de sus derivados.

Séptima Sección.—Estadística apícola.—Estado de la apicultura en los diferentes países: colmenas, mieles, ceras, productos derivados.—Asociación de la prensa apícola, de los conferenciantes, con objeto de propagar rápidamente por todas partes los descubrimientos y documentos que interesen á la apicultura.

(Tomado del *Colmenero Español* correspondiente á Mayo del corriente año de 1900.)

Solo me resta añadir que, de intento, he prescindido de tocar la cuestión de sistemas en apicultura, dejando á vuestra voluntad la elección entre el movilista, que se preste más á la observación y al estudio, y produce mayor cantidad de miel, y el fijista, que dá más cera y enjambres, es más barato, y reclama menos cuidados, menos trabajo y menos tiempo. Por esta razón soy de parecer que os convendría adoptar el sistema fijista para el mayor número posible de colmenas y colonias; pero á condición de tener dos ó tres de éstas en colmenas comunes movilistas, y una de observación para vuestro estudio y mayor recreo y distracción; procurando instalar vuestro colmenar dentro de casa, ó lo más cerca que sea posible, condición esencial para facilitar su vigilancia y dirección.

Si lo poco y mal expuesto no es suficiente para inclinarnos á la apicultura y decidiros á abrazarla con entusiasmo, ite et viodebitis, os diré, id á París y vereis con qué elocuencia habla á vuestro espíritu el espectáculo que allí

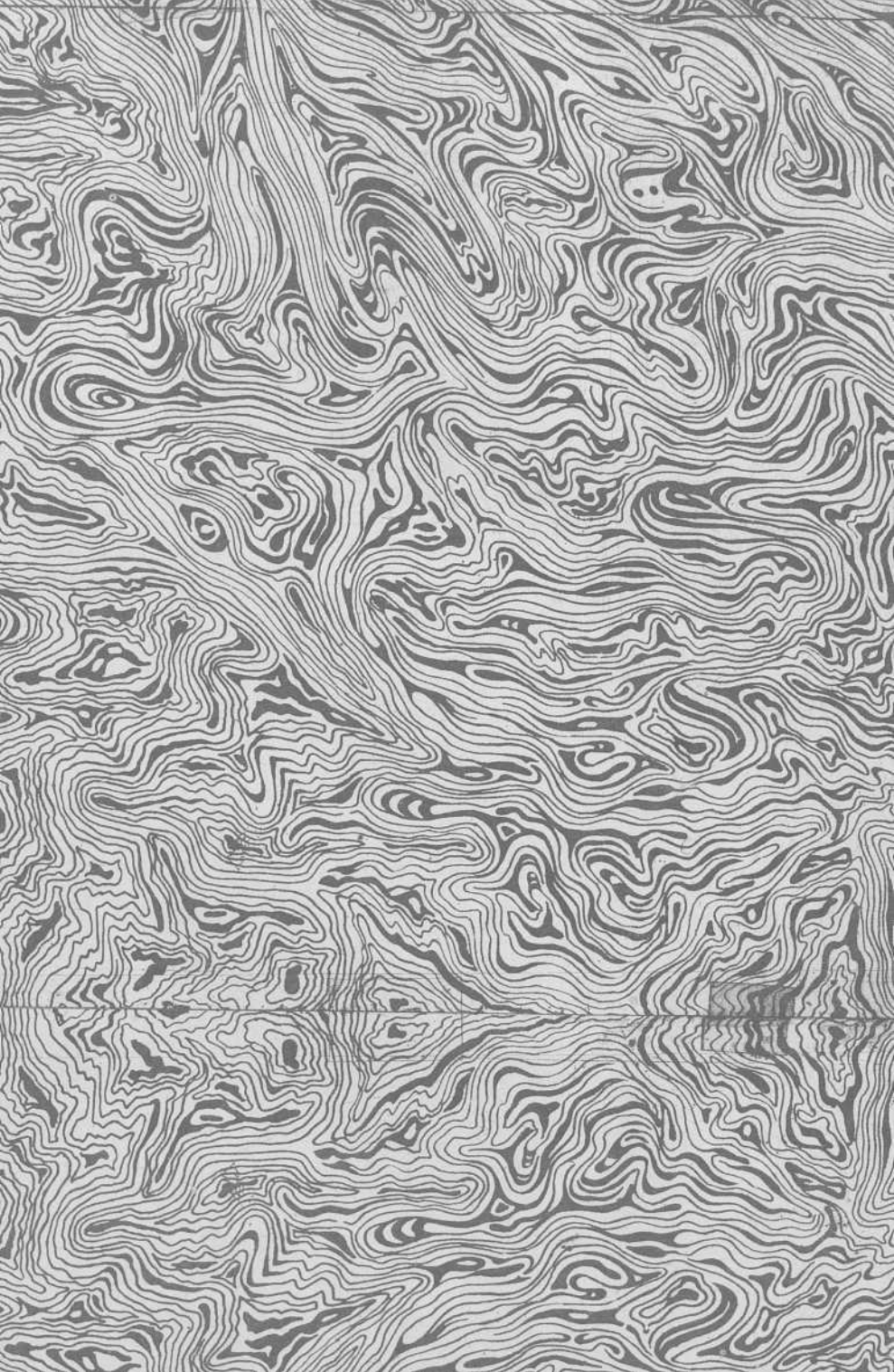
ofrecerán los apicultores todos; y cómo se despierta y avigora vuestro amor propio, junto con el sentimiento de compañerismo, en presencia y con el trato cariñoso de tantos párrocos, hermanos nuestros, que allí toman parte activa, y tal vez la más importante.

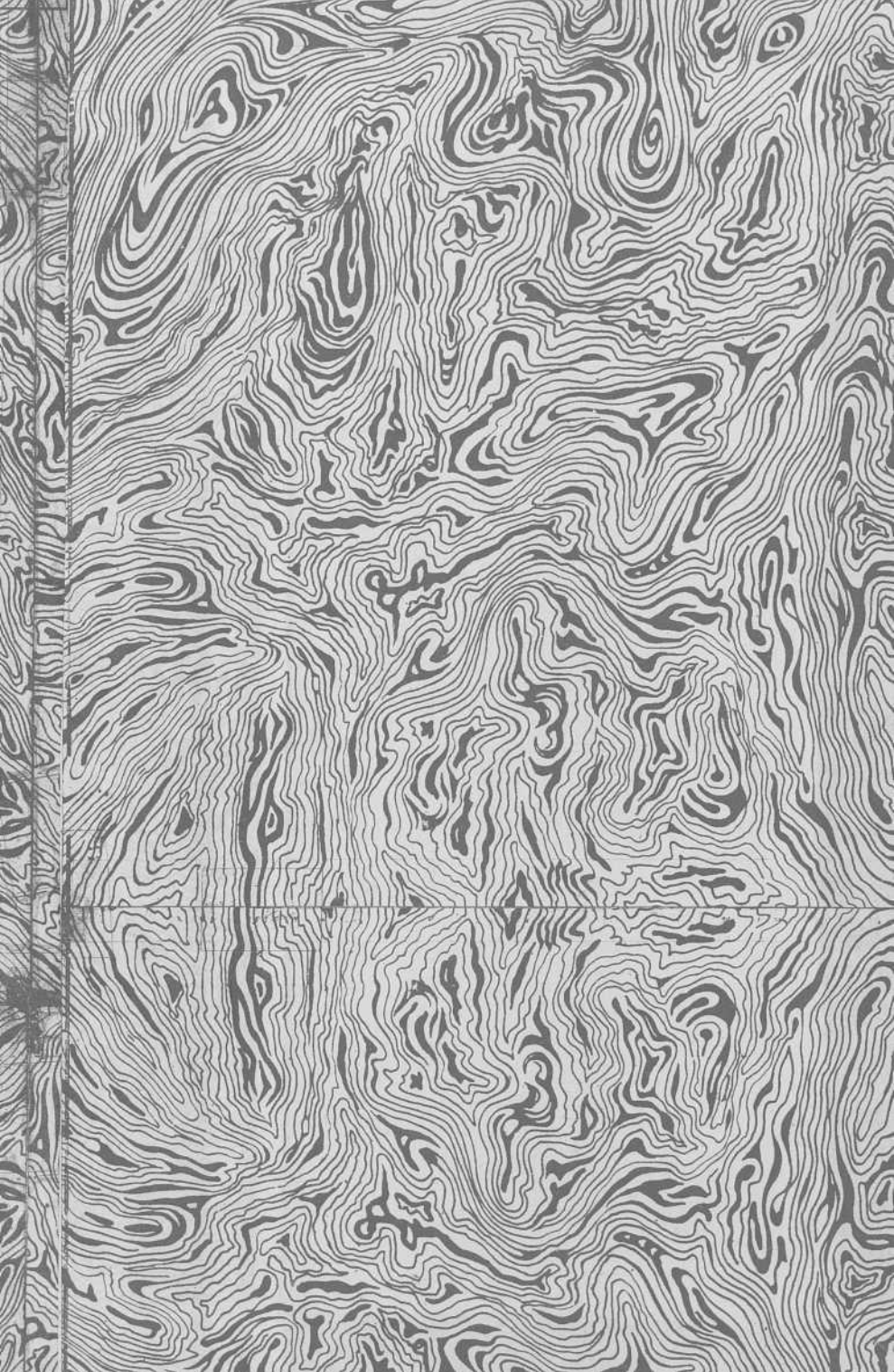
Entre tanto, yo os acompañaré en espíritu, ya que mis ocupaciones, y otra causa tan poderosa, que por sí sola bastaría, se oponen á que lo haga de otro modo; y á vuestro regreso tendría sumo placer, si pudiese daros la bienvenida con un estrecho abrazo.

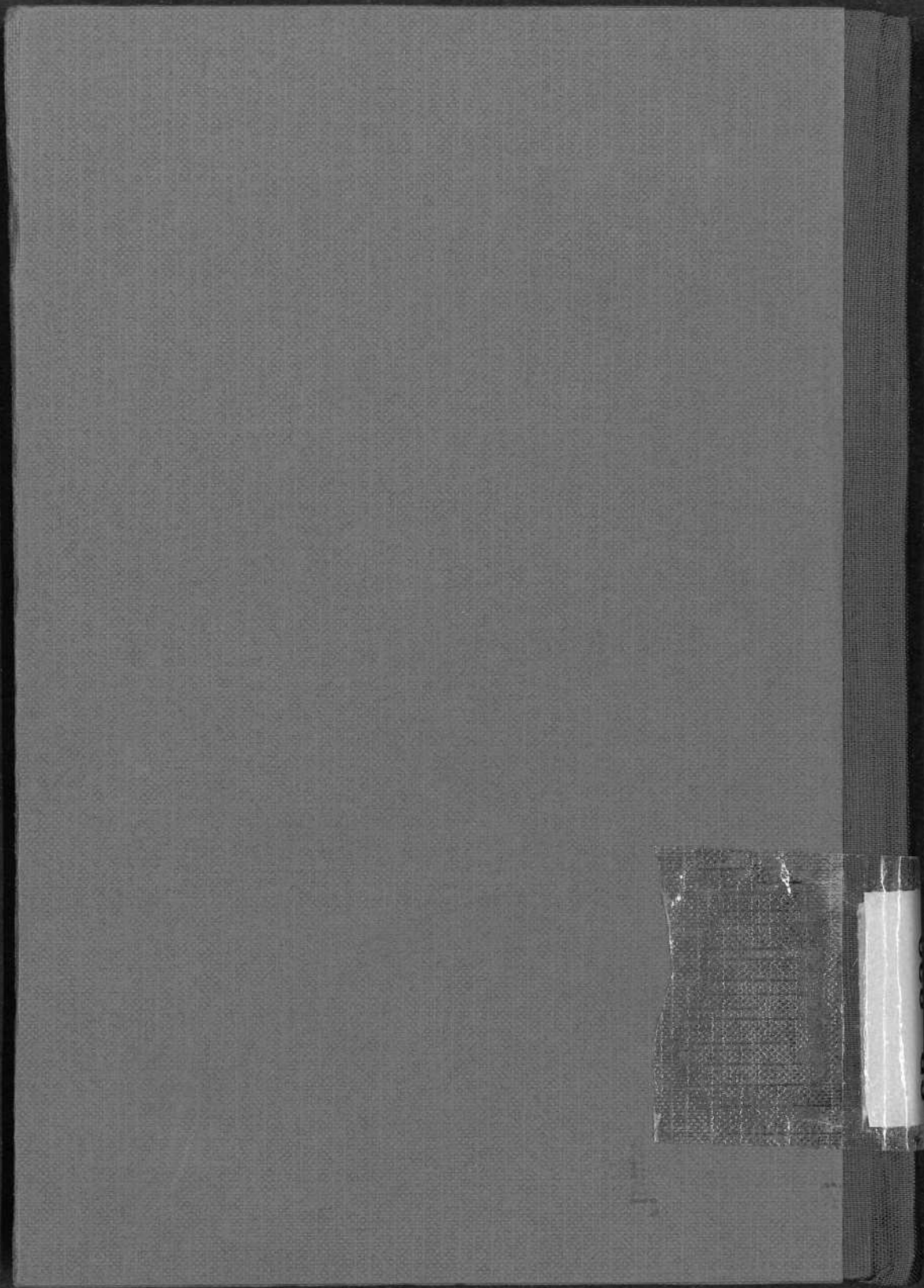
Mientras aquella satisfacción llega, y por si no llega, os saluda, vuestro compañero menor

El Autor









SP - 8220